

LA VIDA PRÁCTICA

# CONSEJOS Á MI HIJA

(LECTURAS DE PROPAGANDA MORAL)

POR

AMELIA PALMA



BUENOS AIRES  
—  
GUSTAVO MENDESKY  
LIBRERO-EDITOR

1201

JOSE LUIS  
BIBLIOTECA  
TRENTI ROCAMORA

*Travesera de...*



Donación J. L. Trenti Rocamora

Sig. top. | T2 48-2-60

# INDICE

	Páginas
Prefacio.....	3
Preámbulo.....	10
CAPÍTULO I—Falsas ideas respecto al matrimonio— Elección de futuro.....	13
CAPÍTULO II—Conducta á observar con el prometido..	17
CAPÍTULO III—Autoridad suprema en el hogar—Subor- dinación femenina.....	21
CAPÍTULO IV—Cualidades necesarias á la mujer—Su influencia en el hogar—Lealtad á que está obligada.	26
CAPÍTULO V—Influencia de la mujer en la familia— Cualidades requeridas á una dueña de casa—Neces- sidad de orden y economía.....	30
CAPÍTULO VI—Conformidad y modestia necesarias á la mujer—Vivir al fiado—Valor moral femenino—Tra- bajar es ennoblecerse.....	36*
CAPÍTULO VII—Virtudes imprescindibles al ama de casa—Educación del carácter.....	41
CAPÍTULO VIII—Armonía doméstica—Espíritu de fa- milia.....	47
CAPÍTULO IX—Cortesía doméstica—Reuniones fami- liares .....	51
CAPÍTULO X—Deberes y derechos sociales—Actos apro- bados y desaprobados—Cualidades necesarias á la mujer—Costumbres—Días de recibo.....	57
CAPÍTULO XI—Deberes de humanidad—Caridad prác- tica—Modo racional de realizar actos de benefi- cencia.....	70
CAPÍTULO XII—Cultura intelectual de la mujer.....	78
CAPÍTULO XIII—Lecturas convenientes á las jóvenes— Sistema para aprovechar bien las lecturas.....	87
CAPÍTULO XIV—Oficios, profesiones y empleos apropia- dos á las mujeres.....	95
CAPÍTULO XV—El ahorro—Sociedades de socorros mu- tuos—Seguros sobre la vida y para la vejez.....	107
CAPÍTULO XVI—Manejo de niños.....	116
CAPÍTULO XVII—Elección y manejo de sirvientes.....	135

## PREFACIO

---

Hace algún tiempo, tratando de cuestiones pedagógicas con una profesora alemana, manifestóme que no alcanzaba á comprender la causa por qué en la República Argentina, donde se sigue en el sistema educativo las huellas de Alemania, Inglaterra y Francia, no se daba á la educación é instrucción de las niñas el carácter genuinamente doméstico que tiene en las escuelas y pensionados de aquellas naciones.

«Fíjese Vd., decía, ni se pone en manos de las educandas libros de lecturas especiales que las vayan instruyendo en los deberes que alguna vez tendrán que llenar en la familia y en la sociedad, y debo observarle que los textos corrientes de lectura indistintamente son usados por los alumnos de uno y otro sexo. Esta práctica resulta algo muy incoherente, una verdadera idiosincrasia!

¿Qué provecho puede reportar á la niña, ni á su familia, el que sepa cómo se fabrica el papel, el vidrio, la porcelana ú otras cosas, cuyo conocimiento absolutamente les servirá para nada en la vida?

El móvil de toda enseñanza femenina debe tener por fin hacerla utilitaria; de no hacerlo

así, lo mismo será que no aprendan nada!

Hay otra asignatura, la ECONOMÍA DOMÉSTICA, que en mi país se enseña en las escuelas de niñas, en todos los grados, de manera completa y racional, porque allá se tiene la convicción, nacida de la experiencia, de que es bajo ese techo y dada por la profesora, donde aquéllas deben adquirirla, y se la mira como la que más esencial é imprescindible le será en el futuro. Aquí ocupa el último puesto en el programa general. ¡Es á la que más ínfima atención se presta!

Cuando he objetado esto á las educacionistas argentinas, éllas me han contestado: «no tenemos textos: á nosotras nos la han enseñado de igual manera que hoy la enseñamos».

¿No haber textos de Economía Doméstica en un país donde abundan las mujeres intelectuales? Otra anomalía!» •

\*  
\* \*  
\*

Justísimas hallé estas observaciones. Reflexionando sobre sus importantes puntos, se despertó en mí el propósito de escribir una obra educativa, *esencialmente femenina*, destinada á llenar la gran laguna señalada por la inteligente dama alemana, y en cuyas páginas las jóvenes se instruyeran en los grandes deberes y las responsabilidades inclui-

bles que pesan sobre la mujer durante las diversas circunstancias de la vida.

Después de dos años de una labor seria y constante, termino este trabajo que doy á la publicidad confiada en que será de utilidad positiva.

Por su extensión, lo he dividido en cuatro tomos bajo el título genérico de LA VIDA PRÁCTICA.

\* \* \*

En el *Libro I, CONSEJOS Á MI HIJA* (lecturas) explico á las jóvenes, metódicamente, con la extensión que me ha sido permitida, cuestiones que son para ellas de importancia trascendental.

He tenido la energía, al trazar la plataforma de mi trabajo, de romper con inveteradas rutinas, sacudiendo el yugo de preocupaciones que no tienen motivo de subsistir en la época presente; procediendo así, porque creo que desde sus pródromos la educación é instrucción de la mujer debe estar cimentada en el pensamiento de los deberes que tendrá un día, y que es necesario desarrollar en ella ideas justas de lo que serán tales obligaciones; esmerándose al mismo tiempo, en equilibrarle corazón y cabeza, encaminando y desarrollando su carácter, ejercitándola en la adquisición de conocimientos que la preparen

no sólo para conducir irreprochablemente su hogar, sino para sostenerlo, si fuere preciso.

Estoy también convencida de que una educación moral así basada formará mujeres serias, reflexivas, conscientes, no absorbidas por trivialidades y extravagancias que las impulsen á las más ilógicas exigencias, que á su vez hacen naufragar frecuentemente el bienestar de la familia.

\* \* \*

En el *Libro II*, EL HOGAR MODELO, trato amplia y minuciosamente la cuestión tan descuidada de la *organización material del hogar*, y como llevadas de la mano introduzco á las jóvenes en ese campo inexplorado por ellas, de la ciencia económica, haciéndoles palpar los positivos beneficios que se alcanzan cuando se practica una lógica economía doméstica, y les expongo cuáles apremiantes causas existen para que se establezcan un presupuesto y contabilidad. En cada capítulo, va la enseñanza circunstanciada, *casi práctica*, de todo cuanto atañe al manejo del complicadísimo mecanismo de un hogar.

\* \* \*

El *Libro III*, LA SALUD, NOCIONES PRÁCTICAS DE HIGIENE, llenará cumplidamente, así lo espero, el fin á que lo destino.



---

He reunido en dicho tomo todas las indicaciones que puedan ser útiles á la conservación de la salud, habiéndome apartado del difícil estilo científico, que tanto cansa y embrolla las mentes juveniles.

En él van incluídas Nociones sencillísimas de *Medicina doméstica*, *Asistencia de enfermedades* y *Primeros auxilios en casos de accidentes*.

\*  
\* \*

Y finalmente, en el *Libro VI*, HIGIENE ALIMENTICIA, abro la puerta á un estudio desconocido hasta hoy á la mujer: el de la *alimentación racional*; estudio al que tiene el deber de dedicarse con perseverancia, pues por su medio defenderá la salud de su familia y la suya propia.

---



## PREAMBULO

---

Cuando ayer te ví, Laura, envuelta en el nimbo blanco del velo de la primera comunión, esa vaporosa tela me despertó muy graves pensamientos porque recordé que cuentas ya catorce años, y la asociación de ideas llevóme á pensar que quizá en día más ó menos distante otro velo níveo, el de la desposada, cubrirá tu virginal cabecita.

Me he esforzado porque tu niñez se prolongase cuanto fuera posible; para ello, siempre elegí cuidadosamente tus amistades, viví alerta para que conversaciones inconvenientes no anublaran tu candor, alejándote de ejemplos perjudiciales, educándote en la escuela de la fe y pureza, de la dulzura y bondad; he fortalecido tu corazón, modelado tu carácter, todo hasta donde es dable hacerlo con una criatura.

Te seguí siempre tan de cerca, he sido tan celoso guardián de tu inocencia, he sabido conquistarme tan por completo tu confianza, que todo lo que guardas en el corazón y la cabeza yo lo sé, y te lo diré: siento como bendecida por el Señor mi tarea, cuando, penetrando tus pensamientos y sentimientos, sólo percibo en ellos blancura inmaculada y suavísima esencia.

Yo voy bajando muy rápidamente la montaña que cuesta tanto subir, la de la vida; tú llegas recién á su pie; yo siento, hija mía, que el vigor físico me abandona día á día, y como á la existencia la aman hasta los que padecen, en verdad el dejarla me causa tristeza; pero ésta se convierte en ansiedad profunda, cuando considero la edad tierna en que tal vez te abandone puedo decir que casi sola.

Perturba mi sueño y tranquilidad la tenaz idea de que cuando yo no esté á tu lado, quién velará por tí minuto á minuto, quién como tu madre te encaminará, te enseñará las piedras desniveladas cuyos cantos filosos se levantan de trecho en trecho en el tortuoso sendero que se llama el mundo.

¿Podrán desarrollarse por propio impulso las simientes que en tu naturaleza infantil he sembrado pródigamente? Es tan fácil en la niñez y juventud, olvidar lo bueno y asimilar lo que no lo es!

Temiendo eso, es que quiero dejarte en la tierra algo más positivo que el amparo moral de mi sombra, es decir, de mi recuerdo; algo más que rudimentarias enseñanzas de comportamiento moral y de bien vivir; trazarte un plan de conducta para cuando seas esposa y madre; de tal modo cuando el eco de mi voz no alegre ya tu corazón, el de mis consejos lo hallarás cada vez que lo solicites; y con esa mira de auxiliarte en el porvenir, me decido á trazar estas páginas, en las que exprimiré toda mi experiencia y depositaré las más sanas instrucciones; páginas en las que el amor inmortal de tu madre reunirá aquellos medios cuya práctica podrán constituirte en una mujer ejemplar.

---





# CONSEJOS Á MI HIJA

---

( LECTURAS DE PROPAGANDA MORAL )

---

## CAPÍTULO I

FALSAS IDEAS RESPECTO AL MATRIMONIO.—  
ELECCIÓN DE FUTURO

A tu edad, Laura, y muchísimo antes, la generalidad de las niñas piensa en el matrimonio; piensa en él como en un hecho ú objeto que sólo les proporcionará halagos.

«Cuando me case; cuando yo tenga casa, haré esto ó lo otro; seré dueña de mi voluntad», son frases que se repiten, forjadas por mentes que ignoran en absoluto lo que tal estado significa, los deberes, las abnegaciones y responsabilidades que impone.

Por el sistema especial á que estuviste sometida, eres una de las pocas criaturas que no fantasean con la idea matrimonial, y por eso, me será fácil inculcar en tu espíritu ideas justas y claras al respecto.

El matrimonio es un acto trascendentalísimo en la existencia y resulta lazo ó nudo, flor ó espina, miel ó acibar, *según y cómo* él se realiza; es juramento que, para cumplirlo como Dios manda, hay que hacerlo *conscientemente*.

Porque así lo juzgo, mi deseo es que si la voluntad suprema ha dispuesto que llegues á ser esposa, no te apresures á ello y dejes que pasen tus veintidós años para decidirte á aceptar un puesto tan erizado de dificultades, porque á esa edad es cuando empieza á madurar la razón femenina (aunque en muchos casos nunca madura) y puede recién profundizar los hechos de la vida.

Que por afanarte á ser señora no tengas que unir tu clamor al de aquellas pobres mujeres que casadas apenas llegan á la adolescencia, exclaman á los pocos años, cuando no á los pocos meses, desalentadas, cansadas: «¡Ay, yo era una criatura; no supe lo que hice!»

Y si hay un juramento de que es imprescindible darse cabal cuenta al realizarlo, es éste de que vengo hablando porque no es sólo el engarce de dos voluntades y de dos existencias, sino el fundamento de la familia.

Las jovencitas sueñan que la vida de casada es la continuación, sin ninguna variante, de la vida de *novia*, y fórjanse expectativas las



más lisonjeras, creyendo que el esposo seguirá siendo lo mismo que fué el prometido, sumiso, galante, esclavo de sus más pueriles caprichos; pero como generalmente no es eso lo real, de ese *despertar* nacen los primeros desencantos y amarguras de la niña-esposa.

Y por otro lado, ¿qué esposa y qué madre puede resultar la niña de quince ó dieciséis años, sin ningún conocimiento del corazón humano ni de las cosas prácticas esenciales á la vida?

Es una inteligencia y alma embrionarias á las que no es posible exigir más que lo que es natural: el esposo no encontrará en ella el apoyo moral de que tiene necesidad para afrontar la lucha por la vida, ni los concienzudos cuidados materiales indispensables al sostén de la misma; los hijos no podrán ser bien criados, ni bien educados.

Hija, no te dejes dominar en ningún momento por la impresión que te cause un rostro bello, un porte elegante, la gracia persuasiva, la posición social ó pecuniaria de un joven que te distinga, sin antes informarte qué cualidades morales y de carácter posee. Investiga todo lo que á su conducta personal se refiera y reflexiona después seriamente, con sereno criterio, si ofrece probabilidades de ser un buen compañero; ten presente que á los sentimientos nacientes fácil es cortarlos

á cualquiera emoción simpática que pueda perturbar tu corazón ponle el freno de la cordura, hasta tanto te cerciores que quien la ocasionó es digno de ella.

Si es casi segura la infelicidad del matrimonio basado tan sólo en el encanto de la belleza física, doblemente lo será cuando lo impulsa la vanidad de ligarse á un nombre ilustre, ó la despreciable ambición de riquezas.

Si el joven que te solicita es bueno, noble, laborioso, inteligente, y estás convencida de su aprecio y afecto, á los cuales te sientas inclinada á corresponder, pero cuya persona no cuenta con más bienes de fortuna que su trabajo, si te encuentras capaz de compartir su modesta posición, y en caso necesario, ayudarle á sostener el hogar, no lo rechaces, porque la fortuna si bien contribuye á la dicha, por sí sola no la da, y sintiéndote profundamente querida y respetada por un ser digno estarás satisfecha con lo que el trabajo y la economía de ambos consiga reunir.

¿Para qué sirve un marido que reuna todas las elegancias y atractivos físicos y también riqueza, si es vicioso, holgazán, ignorante, de malos sentimientos?

Sólo será bueno para arruinar y deshorrar á la familia y dar á los hijos los peores ejemplos.

Insisto mucho, niña mía, en que aprendas á dominar los impulsos primeros de simpatía; es medida precaucional para tu tranquilidad, y adoptándola te evitarás desazones y desencantos crueles.

Obrando tan prudentemente, impedirás también el constante cambio de afectos, lo cual es muy inconveniente, porque desgasta la fe, deshoja, marchita las ilusiones, que son las que nutren los ideales, lleva al escepticismo, al *positivismo exclusivo*, al coquetismo y éste arroja casi siempre sombras sobre la reputación de la mujer que lo ha adquirido.

Cuando te llegue el momento de amar, ama con alma y corazón, pero también con la voluntad y la razón; el sentimiento florecido de tales raíces prosperará lozano mientras vivas y á su amparo venturosos serán los seres que te rodeen.

## CAPÍTULO II

### CONDUCTA Á OBSERVAR CON EL PROMETIDO

Hecha tu elección, observa con tu futuro esposo una regla de conducta franca, sincera, pero al mismo tiempo seria: lo primero, porque en tales relaciones, con más razón que en otras sociales, debes presentarte bajo tu

verdadero aspecto, para no dar motivo más tarde á reproches, á inculpaciones de haber obrado simuladamente, hipócritamente, y también, porque es necesario que las personas que han resuelto hacer unidas el viaje de la vida conozcan á tiempo todas sus buenas cualidades, como todos sus defectos; lo segundo, porque si falta seriedad en los proceder de ambos, nacerán ciertas especies de confianzas que fácil es degeneren en mutuas faltas de respeto, las que repetidas concluirán con toda consideración y aprecio, cuya ausencia es lo que mata el cariño; además, la ilimitada confianza es un semillero de escenas enojosas que no sólo conmueven desagradablemente á los protagonistas sino que alteran la tranquilidad de las personas que los rodean; y finalmente, mi hija, esos malísimos ratos terminan generalmente con rompimientos, seguidos de rencores más ó menos iracundos.

Nunca, jamás, te alejes con tu novio del sitio donde se haga la reunión general de la familia; mantente siempre á la mira de aquellos que después de mis días velarán por tí; cuando los pensamientos son puros, las conversaciones lo son también, y siendo así, no existe motivo para huir del punto donde están las personas que tengan la abnegación de acompañarte en las prolongadas y frecuentes visitas que se hacen en tales casos.

¿Has visto, Laura, cómo á esa matita de *mimososa púdica* que tienes en tu ventana basta un soplo de aliento para marchitarla? Pues más sensible aún, al soplo de la malidencia, son el pudor y honor de una niña.

Hay otro motivo, todavía, para que me afane en prohibirte que te comportes de otro modo que el indicado, es éste: el joven que ve una manera de ser ligera, aturdida, inconveniente en aquella que le interesó y en la cual pensó en un principio caballerosamente, al convenirse que no posee las sólidas condiciones por él deseadas en la mujer destinada á ser su esposa, su pensamiento varía y no piensa ya en casamiento, sino en pasatiempo.

Incrusta, por siempre, en tu cerebro esta máxima: que aunque seas virtuosa, también tienes que demostrar que lo eres.

Siendo un compromiso formal, un *novio oficial*, como se dice en términos sociales, puedes, estando él ausente ó enfermo, sostener correspondencia epistolar, pero no en ningún otro caso, ni con un simple festejante: yo he visto niñas desesperadas, aterradas, á consecuencia de cartas aturdidamente escritas y enviadas á hombres sin nobleza en el corazón!

¿Sabes lo que éstos hacen con dichas misivas? Las circulan entre los amigos en el café, en el club, en el teatro, escarneciendo y ridi-

culizando á la incauta que cometió el error de escribirlas!

He visto deshacerse compromisos matrimoniales de los que se dicen brillantes, á causa de una vieja carta de *ella*, hecha llegar á manos del novio por un galanteador despechado.

El sentido de las conveniencias, el de la rectitud, el de la moral, te prohíben también, de modo terminante, recibas de tu prometido antes del día de esponsales otros obsequios de importancia que el anillo y brazaletes de compromiso.

Una niña que se estime á sí misma, no llevará jamás sobre su persona un objeto que halla salido de otro bolsillo que el suyo propio, el de sus padres, parientes ó amigas.

Espero continuarás tan pudorosa en el porvenir como lo eres en el presente; creo, pues, no debo insistir sobre tal punto; sólo añadiré á lo dicho, hablando en tesis general, que si una joven es tan poco delicada que halle lo más admisible engalanarse con alhajas, telas ú otros objetos de vestir, obsequiados por el novio ó un festejante, esperanzada en que nadie fuera de la familia lo sabrá, sufre un grave error, porque nada, absolutamente nada queda oculto para la sociedad y más ó menos pronto tendrá que sufrir las bochornosas consecuencias de su ambición por lucir cosas que ella no pudo proporcionarse.

Lo que asimismo mucho te recomiendo, mi hija, es que no te prodigues con tu prometido en bailes, paseos, teatros.

¿Sabes á lo que conducen esas inconsideradas exhibiciones?

A esto:

Si el casamiento fracasa, como sucede con tanta frecuencia, te encontrarás en bien difícil situación; *sentirás* que el ridículo pesa sobre tí, estarás como deprimida, cohibida, y, en tal circunstancia, ó la vergüenza te dominará, haciéndote abstener de las reuniones que antes frecuentabas ufana al lado de tu novio, ó dominarás tú á la vergüenza y con aires de *qué me importa* (que de paso te diré perjudican grandemente á una niña), seguirás actuando en el escenario social en el cual á cada instante tendrás que soportar alusiones más ó menos veladas y amargas.

### CAPÍTULO III

#### AUTORIDAD SUPREMA EN EL HOGAR—SUBORDINACIÓN FEMENINA

En estos momentos en que mis ansiedades de madre hacen viajar mis pensamientos por el misterioso campo del porvenir, todas las suposiciones que el cavilar en el tuyo me sugieren, y que veo están entre los casos

probables que con el tiempo pueden resultar realidades, resuelvo considerarlos *desde ya* como hechos consumados.

Me parece que bajo tan sugestiva forma, mis consejos y enseñanzas serán más persuasivos, y que tú podrás penetrarlos más fácilmente.

Siguiendo, pues, tales imaginaciones, no tendrás por qué asombrarte. Laura, de que en el presente capítulo te invista ya con los atributos de esposa y de ama de casa y que en visión espiritual te contemple evolucionando en ese nuevo círculo de tu vida.

Así, al suponerte ya casada, también quiero suponer que tu casamiento habrá sido hecho por cariño y aprecio mútuo; que tu compañero será muy digno de tí, á quien coloco en elevadísimo nivel moral.

El cariño y aprecio, te he repetido muchas veces, constituyen el más firme cimiento para edificar un hogar dichoso, y ahora añadiré que, aunque el matrimonio se haya realizado bajo tales condiciones, su tranquilidad puede ser conmovida por causas en que nada tienen que ver los sentimientos.

Quiero referirme al hecho del *absoluto gobierno doméstico* recaído en manos del hombre, y que disputado encarnizadamente por muchas mujeres llega á ser la manzana de discordia en los matrimonios.

El hombre, no lo ignores, hija, por equitativo



y generoso que sea, nutre y cultiva en el fondo de su naturaleza la idea de su suficiencia, de que se basta á sí mismo; y es de tal convicción de donde mana el derecho de poderío absoluto con que se ha investido desde que nuestro planeta gira en lo Infinito, y del cual, en realidad, sólo abdica por breves momentos, cuando así conviene á sus miras; poderío, que, por otra parte, las mujeres han siempre acatado, inclinando su voluntad ante el predominio de la masculina.

A pesar de lo que se diga en contrario, así como la autoridad suprema es un hecho que se impone forzosamente en las naciones, bajo cualquier sistema de gobierno, y hasta en las tribus salvajes, para que rija los destinos de los súbditos, en los hogares, estados en pequeño, es igualmente necesario, para propio bien de sus miembros, que uno de los cónyuges tenga el privilegio de la más alta autoridad, y este privilegio en todas las edades y sociedades ha recaído en el hombre, porque él fué siempre el más vigoroso, el más razonador, de más capacidad, el mejor preparado; aunque la condición intelectual y la aptitud para el trabajo lleguen á modificarse beneficiosamente en la mujer, el hombre habrá de continuar siendo «la cabeza de la mujer» como proclamó San Pablo.

Te aconsejo, si quieres que no se altere

por tu causa la paz de tu casa, no provoques discusiones contrariando las órdenes de tu esposo, no lo desafíes con un «los dos somos iguales», ni menos pretendas que tu voto y tu voz vayan más allá que las tuyas; acostúmbrate, cuando su voluntad esté en acción á reducir la tuya á la pasividad, más claramente, que cuando él *mande* te quedes tranquila, sin pretender por la imposición desbaratar sus proyectos; si vieras que la suya fuera una orden irreflexiva ó que pueda ocasionar perjuicios, entonces, sin reproches, ni ironías, sin testigos, con suave tono, juiciosamente, convéncelo de que no es justo, no es bueno ó no es factible, lo que se le ha ocurrido.

El más exquisito tacto, la habilidad más diplomática usarás en aquellas circunstancias en que ambos ejerzan á un mismo tiempo sus atribuciones; la mujer buena, dulce, discreta, no consentirá se produzca el menor choque por causas insignificantes; deja, mi hija, su libre acción á tu marido los cortos momentos que sus ocupaciones le permitan preocuparse del mecanismo casero, que sobrado tiempo y asuntos te quedarán para ser usado y tratados según tu criterio.

No hay sofismas emancipistas que valgan en este asunto de la superioridad del mando del hombre, ya sea esposo, padre, tutor ó hermano mayor; como tampoco hay, hasta el presente

propagandas capaces de desarraigar la secular sumisión de la mujer á sus voluntades; ella le debe obediencia, como él le debe protección: es el precepto bíblico seguido por las sociedades civilizadas.

«El hombre no es ya el amo de la mujer, pero es lo que ha sido y será siempre, el jefe de la familia: la mujer no es ya su esclava ni su sirviente, ni su vasalla, pero es su subordinada, en el orden del derecho, siendo su igual en el orden moral» (Paul Janet.)

Antes de casarse toda mujer sabe que tiene que obedecer al que será su compañero, su sostén, su protector; entónces ¿cómo pretender después sublevarse ante ese deber cuando no es ya posible eludirlo, y al cual están ligadas lo mismo en estado de casada que de soltera, cuando en la familia existe un jefe?

Indudablemente en la vida se presentan casos en que la ignorancia, ineptitud, holgazanería ó vicios del hombre, trocan la misión que cabía desempeñar en la familia, y que en vez de dirigir y sostener, es dirigida y sostenida por la esposa ó por los propios hijos; pero las excepciones no forman la regla, y como estoy segura que tu elección no será desatinada y que tu esposo no pertenecerá á esa *especie*, sólo te diré de tales casamientos que es mil veces preferible quede soltera una joven antes que afirmar su hogar en tales cimientos.

## CAPITULO IV

CUALIDADES NECESARIAS Á LA MUJER—SU INFLUENCIA EN EL HOGAR.—LEALTAD Á QUE ESTÁ OBLIGADA.

Cariño, aprecio, obediencia, no son suficientes para consolidar la tranquilidad en el matrimonio.

Cuántas otras virtudes y sentimientos tienes que amalgamar para difundirlos en tu rededor!

Oh, hijita, el hombre por lo general es muy susceptible y nervioso; es así, unas veces debido á temperamento, á la agitación en que vive para buscar el sustento, y otras porque una imperfecta educación no lo ha enseñado á dominar los impulsos primos.

Realiza un estudio especial del modo de ser de tu compañero, y en lo posible, sin perder tu personalidad, amóldate á él.

Y cuando llegue al hogar después del afán diario, abrumado por las preocupaciones de sus negocios, las contrariedades ó fracasos de sus proyectos, en los cuales había cifrado halagüeñas esperanzas, si lo ves taciturno, áspero, regañón y comprendes que en tal estado una nada lo sacará de quicio, con toda la fuerza de tu voluntad aleja de él esa *nada*, sin demostrarle estás prevenida de



Y cuando se desprende uno, cuán fácilmente van saliendo otro y otro!...

Sucedirá otras veces que á causa de malos ratos domésticos, de los cuales no puedes hacer solidario á tu marido, la malhumorada serás tú, y en tal circunstancia es cuando probarás si en verdad estás vaciada en el molde de la mujer fuerte, acogiéndolo dulce y sonriente, sin dejar traslucir la menor inquietud.

La dueña de casa, poderosamente influyente en ella, no es la hermosa, ni la rica, ni la linajuda, sino aquélla cuya elevación moral y rectitud de carácter la mantienen serena aunque la combatan profundas luchas internas, y su voz no se enronquece por el enojo, ni su razón se ofusca con la arbitrariedad de hacer «pagar á justos por pecadores».

Si bien entre tus deberes de buena y afectuosa esposa está el evitar á tu marido el conocimiento de los mil tropiezos y dificultades que pueden surgir en el manejo de tu casa, pues con ello sólo conseguirías llenarle la cabeza con pequeñeces que sólo á tí incumben, que sólo tú debes buscar los medios de remediar ó impedir se reproduzcan, no harás lo mismo con los asuntos graves ó que puedan tener alguna transcendencia, porque él debe ser tu primer consejero y confidente.

En ninguna circunstancia cometas con tu compañero la felonía, desgraciadamente bas-

tante generalizada en nuestro sexo, de engañarlo en los precios de los efectos que compras, sean comestibles ó ropas; ni menos hacer cómplices de tan fea acción á comerciantes ó costureras y modistas, ordenándoles hagan *dos cuentas diversas* de los efectos adquiridos: la *verdadera* destinada á tí, la *falsa* para presentarla á él.

Aparte de la deslealtad que tal hecho implicaría hácia el hombre á quien las leyes divinas y humanas te obligan á ser sinceramente fiel, esa complicidad con gentes extrañas, ansiosas de lucro, será deshonrosa y también depresiva para tí, porque en cierto modo, tu duplicidad te pondrá bajo la sujeción de personas que burlándose de tu manejo te despreciarán y explotarán como mejor puedan.

Y como á todo en la vida le llega su minuto de luz, sacando de la sombra á lo bueno y á lo malo, tu esposo, sino un día, otro, tendría conocimiento de tu reprochable proceder, y entonces, ¿qué sucedería?

No sólo el más justificado de los enojos y el resentimiento más profundo, sino algo que es gravísimo en la vida de familia: el nacimiento de la *desconfianza*.

Si alguna vez cometieras la imprudencia de propasarte en tus gastos, encontrándote por consiguiente *endeudada*, díselo fríncamente á tu esposo; en tal caso es casi seguro que tu

leal conducta desarmará toda irritación, y podrás, sin mayor contratiempo, solventar tu empeño.

## CAPITULO V

INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA FAMILIA—CUALIDADES REQUERIDAS Á UNA DUEÑA DE CASA—NECESIDAD DE ORDEN Y ECONOMÍA.

Quedamos, pues, Laura, en que la alta superintendencia de la casa y de la familia es de pertenencia masculina y que su dirección secundaria, que en realidad es la más importante, por ser la que abarca ó acumula las mil disposiciones que hacen marchar al hogar, es de exclusivo manéjo femenino.

Y de ahí, de entre esos múltiples detalles propulsores del complejo mecanismo doméstico, surge la influencia real y poderosa de la *ama de casa*.

Con cuánta inmensa responsabilidad correrás al posesionarte de tal misión!

Cuánta previsión, vigilancia y consagración necesitarás para no fracasar en su desempeño!

De tus buenas ó malas condiciones morales ó de carácter y también de la preparación intelectual dependerá que seas de verdad el espíritu que anime la vida de tu hogar, dándole paz y prosperidad, ó el instrumento de su desdicha y atraso.



Tienes que ser su más celoso y activo guardián, su administrador más recto y severo; desde que despiertes hasta que duermas, todas tus horas, tus minutos, tendrán que ser absorbidos por tus deberes; estarás obligada á ver y oír todo, y sobre el hecho ú objeto más importante como sobre el más nimio, ejercer estricta fiscalización.

Si eres desordenada, despilfarradora, en vano será que el trabajo de tu marido sea fructífero, porque como no sabrás manejar dinero, efectos, tiempo y trabajo, la escasez te rodeará y la miseria tendrá constantemente puestos sus ojos sobre tu casa.

Si eres ordenada, económica, con la misma suma que de otro modo no te alcanzaría, cubrirás todas las necesidades de la familia y aun te sobraré.

Siendo la mujer la que vive perennemente en la casa, la que lidia continuamente con sirvientes y abastecedores, dirige y ordena los quehaceres cotidianos, maneja el gasto diario, su influencia en aquélla es más directa, más eficaz, más completa que la del hombre.

Harás de modo que por medio de tu influencia tu hogar sea de los más puros y correctos; esmérate en sostenerlo según las reglas de higiene moral y física para que sea sano y se aspire en él honradez, pulcritud, tranquilidad; atrayente por medio de las comodidades

compatibles con tu peculio, y ya verás cómo tus desvelos tienen inmediata recompensa: la de que tu marido lo halle tan agradable que le cueste esfuerzo dejarlo en las horas que no dedique al trabajo.

Únicamente la mujer activa, económica, buena, instruída, puede hacer de su casa otra cosa que un sitio donde los hombres de la familia sólo vayan á ella á cambiarse las ropas, á comer y á dormir.

«Lo primero que hay que hacer para elevar al hombre sobre la vida del animal, es proporcionarle un hogar sano. El hogar es al fin la mejor escuela para el mundo. En él crecen las criaturas y se hacen hombres y mujeres; en él absorben su moralidad ó inmoralidad, siendo allí también en gran parte educada su inteligencia. Los hombres sólo pueden ser humanizados y civilizados real y verdaderamente por medio de la institución del hogar. Hay pureza doméstica y vida moral en el hogar bueno y corrupción física y muerte moral en el malo.»

Si quieres bien merecer el crédito de eximia dueña de casa, no escatimes rodear tu habitación, por modesta que ella sea, de un tinte de elegancia y alegría, cosas ambas que no requieren casi gasto, cuando se tiene habilidad, buen gusto y espíritu económico.

Los hombres generalmente son más incli-

nados que las mujeres al buen vivir, y conociéndoles tal propensión éstas deben desplegar todos los recursos que sus conocimientos y experiencia les proporcionan, para hacerles agradables sus moradas y con el encanto de tales medios inducirlos á que hagan verdadera vida íntima de familia, contribuyendo con tal sistema á arrancarlos á las prolongadas veladas en el café ó en el club.

Tus gustos y comodidades personales, Laura, satisfácelos, después que lo hayas hecho con los de tu esposo; depón toda egoísta satisfacción de tu bienestar en provecho del jefe de la familia y de los demás miembros de ella, y realiza esto sin ostentación, sin pedir gratitud ni aplauso, sin hacer valer lo que haces, porque no haciéndolo así tus actos no probarán ninguna abnegación, sino un exceso de presunción.

Siendo la mujer «el sol del sistema doméstico», de ella debe fluir la fuerza que haga girar armónicamente esa inmensa constelación de los pequeños y de los grandes detalles sobre los cuales gravita la vida del hogar, sin desatender ni aun el que parezca más insignificante, porque éstos son los que las más de las veces interrumpen la perfecta marcha de ese mundo que constituye una casa.

Absolutamente no descuides nada, hija; piensa á cada momento que una pequeña omisión puede originar un conflicto grande.

Cuántas veces, en la mesa, por ejemplo, al ir á aderezar la ensalada, resulta que falta cualquiera de los condimentos necesarios, que no está el pan ó el agua, que no han sido puestas las copas ni las servilletas ú otro cualquier detalle que causa incomodidad, y á los hombres muy especialmente fastidia esa negligencia de la que dirige la casa, cuya vigilancia debe hacerse presente en todo; otras veces hay que soportar largos intervalos de un plato á otro, esperas que se hacen interminables para quienes tienen obligaciones que llenar, cuyas horas están reglamentadas para cumplirlas, y esas interrupciones de la cocinera, casi siempre son originadas porque no se le dieron á tiempo las cosas que habían de intervenir en la comidas. Estas *pequeñeces* son motivo de serias desavenencias.

Los esposos se levantan de la mesa impacientados y se vuelven á sus ocupaciones mal comidos y con la irritante convicción de que la dueña de casa es una inútil ó una inconsiderada. Trabajar y no alimentarse es una locura, y comprendiéndolo así, el que no puede hacerlo en su casa, se va luego á un café ú hotel y gasta en ese momento, en él solo, lo que bastaría para un almuerzo y comida de toda la familia.

Como dueña de casa eres la menos indicada para no malgastar una partícula del tiempo

destinado al trabajo, ni tampoco consentirás que nadie lo pierda; combina su empleo con la más prudente previsión; repudia el sistema de las órdenes y contra-órdenes, que á más de consumir tiempo sin provecho te presentarán como una aturdida ó irresoluta, induciendo á los que estén bajo tu mando á que no tengan seguridad y confianza en tus resoluciones.

Y que te sirva de norma esta grande y vieja verdad: que es el superior el que está obligado en hechos y en palabras, á dar buenos ejemplos y enseñanzas á sus subordinados ó inferiores.

Aprende con la mayor perfección todas las faenas de una casa; no desdeñes ser una excelente cocinera, ni saber cómo se efectúa el lavado y planchado y de cuál manera se hace una perfecta ropa blanca, vestidos, tapados, sombreros.

Muy especialmente dedícate á ser maestra en la higiene de la casa, en la personal y en la alimenticia.

Aprende todo, todo lo que pueda ser útil á una dueña de casa, porque sabiendo hacer, sabrás mandar y cómo se hace el trabajo; de tal manera, ni sirvientas, ni planchadora y lavandera, ni costureras y modistas, podrán usar contigo de supercherías; á más, también, porque llegado el caso en que por cualquier

contingencia no tuvieras quien te hiciera tales trabajos, podrás tú desempeñarlos sin torpeza, fluctuaciones ni desperdicios, con la actividad, seguridad y aplomo necesarios, condiciones que solamente posee la mujer que ha dedicado tiempo y anhelo al aprendizaje de estas cuestiones transcendentales en la vida práctica.

Profundiza mucho el estudio del régimen alimenticio y te convencerás de que una alimentación racional, perfecta, cierra la entrada á mil enfermedades y la salida al dinero que habría de emplearse en médico y medicinas, á más de evitar la pérdida de trabajo, los sufrimientos, inquietudes y trastornos que la falta de salud propia ó de las personas allegadas, ocasionan.

## CAPÍTULO VI

CONFORMIDAD Y MODESTIA NECESARIAS Á LA MUJER—VIVIR AL FIADO—VALOR MORAL FEMENINA—TRABAJAR ES ENNOBLECERSE.

Siempre, en todo momento, confórmate, Laura, con la situación social que el peculio de tu esposo pueda proporcionarte; dicha conformidad será una de las virtudes que más te enaltecerán; no vayas, por Dios, á seguir las huellas de esas mujeres tan vanas é inconscientes que dominadas por la ambición de

lujo, de todo lo aparatoso, inducen á maridos sin carácter á llevar una vida que no está al alcance de los medios con que cuenta.

Siempre, en todo momento, ten el valor de rechazar las insinuantes tentaciones de la vanidad; rehuye engalanarte con trajes y joyas, ó alhajar tu casa con menaje cuya posesión pueda luego ocasionarte constante ansiedad, ya porque no los hayas pagado ó porque hubieres invertido en ello el dinero de los alquileres de la casa que habites, ó los haberes de las personas que te sirven.

Piensa que el lujo es para ser usado por el que pueda pagarlo, que es un verdadero crimen comprometer la tranquilidad de la familia y hasta su honor, por afanarse en lucir objetos que no se pueden poseer legalmente.

No te preocupés de rendir culto á esa clase de apariencias; recuerda cuál es el fin del hombre ó de la mujer que no teniendo suficientes medios quiere arrastrar el mismo tren que aquellòs que son dueños de grandes rentas; piensa siempre que así se va derecho á la ruina, á la quiebra, á la vergüenza.

Para vivir tranquila y contenta no tienes necesidad de ocupar asiento de primera fila en el teatro social; por el contrario, la fila siguiente, la que constituye la medianía, te

apartará tanto de las grandes ambiciones mundanas como de los horrores de la miseria, y es el sitio que deseo ocupes; con él estarás contenta, porque la experiencia me ha demostrado que es allí donde más seguramente se refugia la felicidad pura.

La estimación que pueda obtener una familia, no está estribada en la ostentación desplegada. El elemento sensato de la sociedad apreciará siempre más á quien sabe conservarse honradamente en el puesto que le cupo en suerte, que al que usando aun de los medios más reprobables escala alturas, invade posiciones en las cuales nunca se encontrará firme.

No teniendo fortuna, ansiar introducirse en los altos círculos sociales á que sólo se llega por ella, es el supremo delirio de mujeres sin una chispa de criterio, que enciegan y pierden la razón los resplandores de ajenas grandezas.

¡En qué continua zozobra están las personas que viven al fiado, porque gastan más de lo que tienen!

Cada golpe á la puerta las hace estremecer y huir al más apartado rincón de la casa, creyendo sea el llamado de un acreedor; y de cuánta mentira denigrante, como lo son todas, tienen que valerse esas desdichadas que no se avienen con su suerte, para entretener á



sus abastecedores, hasta que éstos, cansados del «vuelva luego», «vuelva mañana», les arrojan en pleno rostro un «tramposa».

Nunca, nunca, Laura, vivas al fiado, es decir, fuera de tus inmediatos recursos; si alguna vez, por cualquier caso fortuito, tu situación fuera precaria, no gastes más de lo que tengas en el bolsillo, y si te aventuras á comprar á crédito hazlo sólo cuando tengas completa seguridad de poder cancelar tus cuentas.

¡Vivir deliberadamente al fiado! Es decir, consumir ó utilizar los bienes ó el trabajo de otros, sin la intención de cumplir los compromisos contraídos con ellos, es un hecho delictuoso que puede calificarse de verdadero robo.

¿Cómo viven las gentes que así proceden?

Mira, mi hija, su vivir es una perpetua humillación: recorren todos los negocios que pueden, hasta que la voz de alarma pasa de uno á otro negociante y entonces, cortados todos los recursos de vida ¿qué hacen esos jefes de familia que no supieron oponer el dique de su voluntad al desborde de grandezas de una mujer imprudente ó á las suyas propias?

¿Qué harán el día en que declarados insolventes, las sederías y diamantes, muebles y tapices, sean mancillados con el embargo judicial?

Si ese hombre conserva restos de pundonor

y no se encuentra capaz de hacer frente á su crítica situación, no halla más solución que la de concluir con su existencia, abandonando egoistamente en el naufragio á la familia, á los hijos inocentes, que así llegan á pagar las faltas de los padres; y si es hombre que olvidó ó nunca conoció lo que son deberes de honor, se entregará á todos los vicios.

Generalmente los hombres ó mujeres que se arruinan, no por despilfarro, sino por negocios malos, después del azote se yerguen, alzan animosamente el corazón y firmemente se ponen á labrar y sembrar de nuevo el campo que les queda aún por recorrer.

En caso de ruina de tu marido procede así; ayúdalo y ayúdate, no sólo con reflexiones consoladoras, sino también con la acción, trabajando al par de él para alzar de entre los escombros el perdido bienestar de la familia.

La mujer que en tales circunstancias valerosa y abnegadamente auna todos sus esfuerzos á los del jefe de la familia para poner á flote al hogar náufrago, lleva á su más acabado límite el cumplimiento de sus deberes, colocándola ese hecho en altísimo pedestal moral.

El trabajo ennoblece á la criatura humana. Cuando después de ocupar posiciones desahogadas ú opulentas se tiene la valentía de so-

meterse á su virtuoso yugo, sin desfallecimientos, sin arrojar iracunda mirada hacia el dorado pasado, el trabajador es bendecido por el Altísimo, honrado por las gentes de corazón sano y juicio recto, aplaudido por su propia conciencia.

¿Quiénes son, mi hija, los que denigran al trabajo, los que lo juzgan vergonzoso, humillante?

Sólo aquellos á quienes la vanidad, puerilidad, holgazanería é ignorancia entontecen; sólo aquellos degenerados de los principios virtuosos, sin valor ni aptitudes para esgrimir las armas con que se abren camino en la existencia; los enérgicos, los trabajadores.

## CAPÍTULO VII

### VIRTUDES IMPRESCINDIBLES AL AMA DE CASA — EDUCACIÓN DEL CARÁCTER

Entre las muchas virtudes que atesorarás para hacerte tan necesaria como amada por los tuyos, está la previsión, cualidad basada en la diligencia y la ternura, que hará adivines los deseos y las necesidades de todos los seres que estés obligada á atender.

Qué satisfacción tan intensa y pura sentirás cuando te convenzas de que á ninguna persona de tu casa das motivo á reclamar un cui-

dado, á formular una queja, por descuidos ú omisiones en lo que atañe á los servicios ó atenciones que se le deben!

Si aspiras á alcanzar real influjo en tu familia, á la previsión unirás la dulzura, la paciencia, la igualdad de humor, la cortesía, el buen criterio y carácter firme; condiciones indispensables todas para auxiliarte en el equitativo desempeño de tus deberes.

Si la previsión, aplicada en lo moral y material, es poderoso agente de la paz doméstica, la dulzura, la paciencia, el buen humor, la consolidan y conservan.

El buen criterio te será indispensable para solucionar rectamente, sin arbitrariedad, sin parcialidad ni pasión, las infinitas cuestiones, no sólo de orden doméstico sino también social, que á cada instante se te presentarán.

La resignación, la abnegación, la paciencia, forman una sublime trinidad, á la cual, Laura, te conjuro rindas fervoroso culto.

Estas tres virtudes serán las que piadosamente apisonarán los pedruscos de la vía que sigas; ellas, las que alejarán los desfallecimientos, desesperaciones, rebeliones; las que harán de tí una buena mujer doméstica y social.

La firmeza de carácter (no la confundas con la terquedad, el orgullo, el capricho) te infundirá seguridad y fortaleza para llevar á

término todo lo bueno que te propongas; ya para perseverar en tus ideas y sentimientos, ya en tus trabajos, aunque se interpongan escollos en tu camino; la firmeza de carácter será en todo momento el gran estimulante que actuará y sostendrá tus energías.

La persona de carácter indeciso experimenta fácilmente los más bruscos cambios; por ello la casa sometida á tal dirección no puede gozar de tranquilidad. Todos los días se ven casos en que el desequilibrio y la discordia producidos en la familia por los mismos que la formaron, sólo tienen por origen la desapacibilidad, la intermitencia de carácter, á su vez resultado del ningún gobierno de los impulsos de los instintos.

¿Sabes, mi hija, cuáles son las consecuencias reales de un carácter que tan pronto se presenta terco, impetuoso, irascible, áspero, ó ya débil, dúctil, humillado, tolerante con lo que es intolerable?

Esos son los que siembran de abrojos y cicutas su propia existencia y la de los que están cerca de ellos; son los que dan vida y amantantan á la discordia.

No ambiciones jamás ser dueña de casa si tu carácter en vez de perfeccionarse se maleara, se hiciera arbitrario, desapacible; no ocupes tal puesto si no te sientes con fuerzas para ahogar los arranques de mal humor ó

las veleidades del capricho; porque, si desgraciadamente fueras así, encenderías en la familia la inextinguible hoguera de la desavenencia, que consume todo: salud, dicha, haber!

Siendo desventurada poseedora de tal carácter tu criterio estará siempre ofuscado, vivirás prevenida y agriada y no podrás oír sin subyugante pasión las demandas de tus servidores ó parientes, y así influenciada nada resolverás con justicia é imparcialidad; con tan defectuoso modo de ser no podrás tampoco plantar y mantener vivaces los sentimientos de afección intensa, de bondad, resignación y tolerancia, más precisos todavía en las relaciones familiares que en las mundanas.

Cuántas familias se ven desgraciadas, heridos todos sus individuos en lo más íntimo de sus afecciones, con la tranquilidad de sus vidas destruída para siempre, porque sus jefes no supieron dominarse, reprimir el uno su genio enfadoso ó irascible y la otra sus celos y exigencias!

De la entereza de carácter mana esa rivalidad enérgica á que se da el nombre de *presencia de ánimo ó espíritu fuerte*, la cual por error se cree es únicamente necesaria al hombre.

¿Cómo no ha de necesitar también la mujer

de esa fuerza de ánimo para oponerla como escudo á su natural timidez y debilidad?

¿Acaso ella, lo mismo que el hombre, no está sujeta á soportar las mil tribulaciones que rebosa la vida?

La presencia de ánimo le hace tanto más falta cuanto con ella puede hasta infundir valor moral al hombre, cuando los desengaños, los negocios desgraciados, las enfermedades, lo desalientan; sólo con un animoso espíritu podrá llenar el deber de sugestionarle risueñas esperanzas.

Mira, Laura; la presencia de espíritu femenino está formada por la abnegación, el cariño, la actividad, el desinterés, la previsión, la lealtad y la caridad, virtudes que es imprescindible broten, se desarrollen y conserven en tu alma.

Bajo otro punto de vista, te será también utilísima tan alta cualidad para soportar tus propios sufrimientos físicos, atender y cuidar con tino á tus deudos en sus enfermedades ó en los accidentes imprevistos.

Cuántas veces la falta de ánimo para aplicar ciertos procedimientos curativos ha empeorado el estado de un enfermo!

Cuántas otras, el estupor y atolondramiento experimentados á la vista de una herida que sangraba copiosamente ha producido la muerte, que se hubiera evitado cortando la hemorragia á tiempo!

Te he acostumbrado desde los más tiernos años á mirar ciertos hechos de la vida con la verdad que deben ser mirados; no he dejado nunca que te asustes y horrorices á la vista de una langosta ó cucaracha, al sentir que el viento mueve las puertas ó cuando te hiciste alguna herida superficial; empezando por impedir esas puerilidades ridículas, se da comienzo al despliegue de la fortaleza de ánimo, se va enseñando á considerar con rápida mirada, con entereza, los percances de todo orden.

Y en tu condición de dueña de casa, tan necesaria como la paciencia y dulzura te servirá la cualidad de que vengo hablando, para salir airosa en los diversos sucesos comunes, pero inesperados, naturales en la vida.

Uno de tales sucesos lo producen las visitas imprevistas que llegan dispuestas á almorzar ó comer contigo.

En casas cuya hacienda es modesta, esas visitas obligan á modificar la comida acostumbrada, aumentándola con uno ó dos platos de preparación rápida, y en tal caso la presencia de espíritu será la que te allane toda dificultad.

Ese tranquilo dominio sobre los nervios te dará una percepción tan súbita y precisa de lo que debes resolver, te sentirás tan segura de poder atender debidamente á tu huésped, que ni la más ligera turbación im-



pedirá lo recibas con la complacencia y amabilidad que merezca, ni nada en tu actitud ó en la de tu servicio le denotarán que ha ido á alterar el orden de tu casa.

## CAPÍTULO VIII

### ARMONÍA DOMÉSTICA—ESPÍRITU DE FAMILIA

Nunca podrás ver en tu hogar preponderante y arraigada la paz y bienestar, si careces de la prudencia necesaria para hacer reinar la más profunda unión y concordia entre las personas que se abriguen bajo su techo.

Así como de la unión nace la fuerza, de la desunión nacen todas las desdichas que debilitan y extenuan á la familia, y no es el hombre, Laura, el que debe velar para impedir se produzcan desacuerdos en ella, sino la mujer, porque es del exclusivo resorte de la esposa, de la madre, de la dueña de casa.

La arbitrariedad, el egoísmo, las aberraciones morales, el interés mezquino, la insubordinación, son varios de los activísimos factores de la desunión en la familia, de la discordia doméstica, la más nefasta de las guerras intestinas, que arrasa con saña increíble todo cuanto pudiera haber constituido la felicidad de la existencia.

Admite como muy verídico que en esas

familias desventuradísimas, donde cada uno de sus miembros «tira para su lado», donde el distanciamiento espiritual llega al extremo de que los más próximos parientes se miran como extraños, cuando no como adversarios; donde la injusticia ó inconsciencia establecen las regalías, las supremacías más ilógicas; donde han huído la obediencia, el respeto á los padres. y mayores, toda disciplina, toda abnegación; donde, en fin, el desplazamiento doméstico es tan completo, que no se le halla posible arreglo; cree, como muy cierto, hija, que tal monstruosa situación ha brotado y tomado tales proporciones, sólo, únicamente, porque la dueña de casa no supo mantener vivaz el solidario espíritu de familia; porque no supo hacer arraigar en corazones impulsados por una misma sangre las más afectuosas ternuras y en las conciencias afines iguales nociones del deber.

Ante Dios, ante su conciencia, ante la sociedad, es la señora de la casa la gran responsable de esas lamentables situaciones:

Para hacer nacer y conservar incólume el mutuo cariño y aprecio entre los miembros de la familia, la mujer que la dirige no necesita de profunda instrucción; le bastan, como asesores en tal misión, alma y criterio sanos.

Desvívete para que ni aun ligeramente se enturbie la perfecta cordialidad de la familia

que guiarás; con ninguna injusticia ó inconsideración, con ninguna parcial deferencia, hieras los sentimientos, deprimas la dignidad de los que de tí dependan, sean ellos hijos, parientes, servidores.

Aprende á conducirte razonablemente para que desde pequeñitos tus hijos se convenzan que de tus hechos y palabras no fluyen más que verdad y justicia, de tu corazón amor y abnegación, de tu mente elevación y pureza.

Nunca desoigas las quejas que se te presenten; nunca sentencies irritada y sin previamente reunir pruebas fehacientes para condenar ó absolver.

Cuán diversa de las familias desunidas, es, Laura, la suerte de aquéllas otras donde el espíritu del hogar es el sol que las vivifica y difunde los resplandores de todas las dichas íntimas y sociales!

En éstas, padre, madre, hijos, hermanos, están enlazados por cariño y estimación indestructibles; las mutuas consideraciones, generosidades, abnegaciones, sostienen en perfecto equilibrio la armonía; las mezquinas pasiones retroceden impotentes, porque no hallan allí tierra fértil para propagarse.

En esas familias constituídas con las enseñanzas de la moral más pura, más absoluta, manejadas por jefes equitativos, que practican lo que aconsejan, el *principio igualita-*

*rio* es el que rige todos los actos, todas las resoluciones.

Y esas sabias prácticas del buen vivir son las que dan los felices resultados que en tales hogares se observa; en ellos todos vigilan y procuran el bienestar general, «porque todos se aman y tienen parte en el bien común; en ellos, ninguno de sus miembros deja de contribuir, aunque de diversa manera, según su fuerza, su inteligencia y sus aptitudes particulares; el uno hace esto, el otro hace aquello; mas la acción de cada uno aprovecha á todos y la de todos á cada uno; que se tenga mucho ó poco, se divide fraternalmente; nada dé distinciones en torno de tal hogar; allí no se ve nunca al hambre al lado de la abundancia; la copa que Dios llena de sus dones pasa de mano en mano y el anciano y el niño, el que no puede ya, y el que puede todavía soportar las fatigas de la vida, junto con el que vuelve del trabajo la frente bañada de sudor, remojan igualmente sus labios en ella; sus alegrías, como sus padecimientos, son comunes; si uno está enfermo, si con los años se hace incapaz para el trabajo, los demás lo alimentan y cuidan, de modo que en ningún tiempo se ve abandonado.» (Lamenais).

Los hogares unidos son los que prosperan, porque en ellos hay orden y laboriosidad y

como la conveniencia de una de sus personas es la misma de todas, resultan muchas las voluntades y energías que colaboran y lo hacen marchar adelante, siempre más adelante!

Medita concienzudamente, Laura, en esta conclusión: si no quieres cargar en el porvenir con las más terribles inculpaciones ni tampoco presenciar la dispersión de tu familia, la desolación de tu casa, es decir, tu propia desolación, no dejes que durante un segundo huya de ella el *espíritu de familia*, que es el que encadena corazones y voluntades.

## CAPÍTULO IX

### CORTESÍA DOMÉSTICA—REUNIONES FAMILIARES

Para bien ligar sentimientos y pensamientos, que haya afinidad de los caracteres y gustos y simpaticen todas las personas de tu casa; en una palabra, para arraigar el *espíritu de familia*, es decir, la amistad más afectuosa y profunda, enseñarás prácticamente, Laura, los deberes de urbanidad.

Así como las reglas en que ésta se funda son las que regulan la armonía social, las mismas deben ser las que ayuden á mantener á flote la armonía doméstica.

Es de uso muy común desterrar de la vida íntima toda finura y comedimiento, observándose mil veces que todo el mal humor, aspereza y destemplanza en palabras y maneras se reservan para cuando se llega á la casa ó apenas ella se queda sin extraños.

Estoy bien lejos de insinuarte implantes en la tuya ridículas ó ceremoniosas etiquetas, no; lo que te aconsejo es que no des lugar en ningún momento á manifestaciones groseras, á recíprocas desatenciones y falta de respeto; lo que te indico es hagas comprender á todos que la urbanidad sencilla y amable es una obligación personal.

Ño es la costumbre del trato cotidiano lo que origina descomedimientos y brusquedades, sino la carencia de civilidad doméstica, la desunión, el ningún dominio sobre los propios impulsos.

Te lo he dicho, muchas veces te lo repetiré, deber ineludible de la buena dueña de casa es dar el más perfecto ejemplo á sus hijos y servidores.

Emplea, pues, en el trato familiar, la misma dulzura y gracia que usarías para atraerte las simpatías sociales; sé cortés y fina con todos sin excepción; al presidir tus comidas diarias, despliega el mismo encanto que en una de etiqueta, sin dejar en tales circunstancias, ni en otras, que tus diferentes atencio-

nes se extingan con los parientes ó amigos mayores, ni tu tierna solicitud con los jóvenes y niños; nada, Laura, te dispensará de ser en tu casa lo mismo que demuestras ser en sociedad, un acabado modelo de mujer culta y bondadosa; y cuando vuelvas á aquélla, la dulzura, benevolencia y prudencia de que habrás hecho gala en tus visitas, no parecerán un antifaz que una vez usado en sociedad lo guardas para otra ocasión semejante, sino que muy por el contrario, como todas las dulces virtudes que puedas acumular, pertenecen también á los tuyos.

Estableciendo recíproca confianza entre todos, que es lo natural y lógico en la familia bien organizada, no se producirán los secretos que si en sociedad son repudiables, doblemente censurables son en el seno de la familia, donde ningún misterio debe existir; porque todos han de confiarse sus sentimientos y pensamientos.

Sé comunicativa, cariñosa; acopia, al par de amabilidades, distracciones, para hacer atrayente tu hogar, para conseguir que en él se reúnan, no sólo los tuyos, sino también algunas amigas y amigos de fidelidad bien probada, en cuya presencia se puede dejar hablar al corazón, sin tener por qué sofocar sus expansiones.

Cuando para entretener la noche, se prefie-

ran algunas veces juegos en que puedan hacerse puestas de dinero, si no puedes impedir las, sé á lo menos inflexible en la cantidad de ellas, haciendo que sean lo más mínimas posibles.

Cuántas veces esos juegos interesados, con toda su aparente inocencia, son los que despiertan la absorbente pasión por el juego en grande escala!

Además, el incentivo de la ganancia induce á los espíritus no rectos ó á otros traviosos á cometer actos dolosos, de los que se llaman *trampas*, y éstas, al ser descubiertas, provocan agitadas protestas de los perjudicados, resultando en suma que en vez de los deseados momentos se pasen desagradabilísimos.

Uno de los buenos recursos que podrás emplear para hacer amenas tus veladas íntimas, aparte de la música, ecos sociales y juegos en que no intervenga el interés pecuniario, lo tendrás en la lectura en voz alta de buena prosa ó poesía.

Con tal entretenimiento conseguirás dos buenos resultados: comentarios y críticas que lo leído originará, dando tema á conversaciones más ó menos interesantes, pero siempre variadas; al mismo tiempo, esas lecturas y juicios instruirán á los menos intelectuales, y en muchas ocasiones despertará en ellos el provechoso gusto por los buenos libros.





Aparte del bienestar general que el sistema de relaciones que te apunto aportará á tu hogar, tendrás por tal medio la satisfacción inmensa de apartar á tu marido de las reuniones noche á noche, en clubs, cafés, teatrillos, en las que muchas veces pelagra ó naufraga la paz doméstica.

¡Qué gloria podrá igualarse á la de la esposa ó madre, que sin más fuerza que la poderosísima dulzura, sin otra cadena que la abnegación, amarra el esposo y el hijo al hogar, convirtiéndolo en jaula dorada donde ellos canten dichosos?

## CAPITULO X

DEBERES Y DERECHOS SOCIALES—ACTOS APROBADOS Y DESAPROBADOS—CUALIDADES NECESARIAS Á LA MUJER — COSTUMBRES — DIAS DE RECIBO.

La sociabilidad es una necesidad de la especie humana y desde que ésta existe fué preferida la vida unida á la solitaria; esencialmente utilitaria, establece la ayuda mútua, el cambio de goces y la solidaridad humana.

Sobre dos principios inmutables, la cortesía y la generosidad, reposan la cordialidad y la lealtad de las relaciones sociales.



sociales; deja libertad de pensamiento á los demás, aunque contrarios sean á tus opiniones, menos cuando lo que se diga ante tí sea algo calumnioso ó infamante; en tal caso, te asiste el deber y el derecho de censurar enérgica, pero también cultamente; censura la injusticia, la calumnia, la insinuación malévola, la burla sangrienta, por compasión al atacado, y á más porque «si no se vitupera al agresor, se envalentonaría, no sólo con perjuicio del agredido, sino de la sociedad; á todos importa mantener la armonía, defendiendo á los que son maltratados de palabra ó de hecho» (Spencer).

Con más razón, entonces, te recomendaré que en tus conversaciones no dejes paso á palabras hirientes, suposiciones injuriosas, porque son esos desahogos y juicios temerarios los que descubren hasta lo íntimo á las personas, sacando á luz su ninguna caridad, su absoluta falta de generosidad, cuando no su malignidad; elévate por sobre necias críticas y murmuraciones que sólo saben denigrar, despedazar, ridiculizar, nunca justificar, disculpar, perdonar; el que por mala índole arroja todo sobre su prójimo acusa un innoble corazón, una envidia rastrera. ¡Oh, mi Laura, que tengas la inmensa felicidad de no pronunciar nunca una palabra que pueda lastimar injustamente una reputación ó un sentimiento!



pasatiempos seductores para las mujeres frívolas, de mente desocupada, sin un ápice de beneficencia; ésas gustan *titear*, así dicen ellas, á las sencillas, ingenuas, sin malicia, astucia ó desconfianza; son maestras en poner de realce las torpezas, ignorancias ó rarezas de las que carecen de su *viveza*, y á costa de las cuales provocan y sostienen la hilaridad de aquellas otras personas que siempre están prontas á seguir cualquier corriente, sea buena ó no, que carecen de la virtud de oponerse á tales iniquidades.

Huye constantemente de tales miserias; á tal precio no quieras conseguir plaza de chistosa: esas *ocurrencias* que salen como flechas envenenadas á herir y ridiculizar, ponen de manifiesto pobreza de sentimientos y éstos en el alma femenina deben ser tan exuberantes como puros.

También las mujeres de corazón y criterio pequeñísimos, inconscientes ó atolondradas; son inclinadas á bautizar con apodos ofensivos á las personas que no les son simpáticas; como tan reprobable costumbre se connaturaliza con ellas, sucede que someten á su vocabulario extraño y chocarrero, á todo el mundo, no perdonando ni aun á aquellas personas á quienes demuestran amistad.

¿Qué ventaja pueda reportarles tal sistema?

Ventaja ninguna, mi hija, y sí desventaja

moral y social enormes, porque esa actitud agresiva é inconsiderada las hace las criaturas más insoportablemente, díscolas y antipáticas á la generalidad, pues la gente sensata que las observa juzga que con ellas harán igual que con las demás.

No ya reprochable, sino anti-cristiano, anti-humano, es satirizar las deformidades ó irregularidades físicas; un alma recta y levantada no verá impasible ni dejará sin correctivo tales perversiones del sentimiento; ampara, Laura, atrae, sé complaciente y compasiva en extremo con esos seres desventurados y con los enfermos, los tímidos, los pobres de espíritu; no los abandones nunca; en tu corazón busca la manera de hacerlos tomar parte en las distracciones generales, sin que sufran ningún choque; procúrales momentos de solaz que atenúen en lo posible su cruel destino.

Aprende á ser muy afable, pero antes á ser buena y justa; porque se puede tener la más completa afabilidad y ser enteramente mala, como se puede ser perfectamente buena y no poseer ninguna afabilidad; ésta suele á veces emplearse por las personas astutas como disfraz para encubrir bajezas ó vicios; afánate en cultivar á la par bondad, justicia, amabilidad y llegarás á ser una mujer estimable.

Quando te presentes en sociedad sé un dechado de cortesanía, sencillez, gracia, sin afectaciones de soberbia, ni de gazmoñería: tendrás asimismo que ejercitar tu perspicacia y estar muy mesurada, para no producir actos ó pronunciar palabras cuyas próximas ó lejanas consecuencias puedan ocasionarte malos ratos.

No contraríes sin fundado motivo; cuando forzosamente tengas que hacerlo, emplea los derechos que para ello te asistan con dulzura y moderación; refuta con prudencia, no disputes á voces, ni con palabras torpes ó necias; no ofendas ninguna opinión; no trates despreciativamente las preocupaciones de extraños; cuando se susciten cuestiones que apasionan los ánimos, no tomes parte en ellas, ni pretendas restringir las ideas ó sentimientos ajenos; una mujer culta y discreta jamás inicia discusiones políticas ni religiosas, ni sobre edades, asuntos todos que acaloran y agrian.

Acostúmbrate á observar siempre y profundamente, porque con la observación se adquiere la más práctica experiencia, y á no hablar de más; cuando converses hazlo sin pretensiones, naturalmente, sin acento ni ademán enfático y de asuntos ó materias que estés segura de conocer á fondo y ten el buen juicio de que tus conceptos sean oportunos en la circunstancia en que te halles, no intempesti-



vos; no intentes penetrar á terrenos desconocidos; es decir, que no hables de lo que desconoces; evita el pedantismo, tan repelente en la mujer, sea ó no joven; no alardees de saber, ni de valer; no se te ocurra mezclar frases de idiomas extranjeros en conversaciones con personas que no los comprendan, porque eso es faltar á todas las reglas sociales, y con toda severidad formarían muy pobre idea de tu educación; huye, sí, huye, aunque seas casada, de conversaciones en que tu pudor y delicadeza puedan sufrir; como tus ideas, que tu continente sea recatado; no busques eclipsar á nadie con bagatelas que no realzarán en nada tu propio mérito; por el contrario, ponte en una media luz para que los que te rodeen brillen y triunfen; caracterízate en sociedad por tus virtudes no por vanidades ni apariencias fastuosas!

Persisto en que no hagas pasto de tus conversaciones de los defectos ó errores ajenos, y que cuides bien de escudriñar tus propias imperfecciones, no para disimularlas hipócritamente, sino para arrancarlas una á una, esforzándote en tu mejoramiento. Cuando veas, ó te hagan ver, que ofendiste á alguien, acalla las diabólicas voces del orgullo y sinceramente presenta tus excusas; noblemente disipa toda la mala impresión, toda la pena que tu proceder injusto, atolondramiento ó exci-

tación hayan podido producir; y si has sido herida en tu amor propio, no te empecines en desoir protestas de disculpa, porque eso demostrará un espíritu estrecho, capaz de profundos rencores; «la mayor ó menor duración de éstos es el termómetro donde se miden los caracteres» (Castelar).

Si tu inteligencia te da facilidades para ser *espiritual*, no sofoques tu chispa, porque la conversación chistosa refresca el espíritu, dilata el ánimo; pero que la gracia no degenerare en ironía, en sarcasmos, impudicidades ni chanzas de mal gusto.

No te constituyas en una *visa andante*, pues esas personas que ríen por todo y por nada no sólo son fastidiosísimas, sino que parecen tontas.

Es necesario, hija, que aprendamos á modificar la ligereza expansiva de nuestra raza meridional, por medio del buen juicio, de la reflexión; donde mucha falta hace constreñir su tendencia impresionista es en la espinosa cuestión de entablar relaciones sociales.

Cautela, mucha cautela emplearás para recibir bajo tu techo á las personas que el acaso ponga en tu camino, ó para pasar tú los umbrales de sus casas.

Cuántos errores, desencantos, bochornos y disgustos se evitarían si en tales casos se tuviera más precaución, más tino.

Por sus exterioridades no juzgues á las personas con quienes te encuentres en cualquier sitio público, que te sean desconocidas ó no presentadas por otra persona de honorabilidad: muy política y elegante puede ser una mujer, no obstante carecer de todas las condiciones morales ó de carácter que la hagan digna de aumentar el número de tus relaciones; en cambio, otra de aspecto no seductor, quizá ni amable, reunirá todas las virtudes que pueden constituir la en una amiga leal y abnegada. Como nada de esto puede adivinarse, la prudencia aconseja la mayor reserva en tales casos:

Cuidado, también, Laura, en estrechar intimidad apenas trates á las personas, incongruencia en que cae la generalidad de las jóvenes; sé parca en manifestaciones de cariño ó aprecio repentino, deja á la acción del tiempo que efectúe esa intimidad, pues él es el más suspicaz investigador de cosas y de personas, el que proyecta luz clara en todo, el que deja en su tinte natural las acciones humanas, el que justifica el mérito ó demérito individual; ni la inteligencia, ni el conocimiento del mundo pueden reemplazar sus fallos justicieros.

Hay muchísima facilidad para entablar relaciones, pero ¿existe la misma para sostenerlas en buen pie, para conservarlas?

Las amistades instantáneas, generalmente son efímeras; la verdadera, la sincera amistad es más que una fantasmagoría improvisada, porque nace del íntimo consorcio de sentimientos é ideas; esto falta si la simpatía y aprecio mutuos no echan raíces en el corazón y en la mente; es sabido que no germinan en un minuto, pues como la semilla encerrada en la tierra, los sentimientos también están sujetos á leyes evolutivas. Habrás observado, más de una vez, amistades entabladas entre vecinas, nacidas y llegadas á un completo grado de intimidad en unos pocos días. Las habrás visto desde la mañana á la noche constantemente juntas; la cordialidad, el cariño más efusivo parecía reinar entre ellas y no obstante, ¿verdad que fueron de breve duración esas ligazones, que su fin fué igual á su comienzo, que no pudieron ni supieron resistir las pruebas á que están sometidas y por las cuales pasan ilesas, las verdaderas, las buenas amistades?

Si quieres ahorrarte muchos tragos amargos en la vida, retrocede siempre ante esas repentinas intimidades de barrio; conserva en él buenas y cordiales relaciones, pero no te aventures á familiaridades, ni te prodigues, porque puedes llegar á parecer ó á ser realmente incómoda, dando lugar á que so pretexto de confianza y franqueza seas tratada con descomedimiento ó grosería.

Sé inflexible en tu lealtad; no repitas á nadie confidencias que te hayan sido hechas en intimidad; no reveles las debilidades ó defectos que descubrieres en aquellas personas á quienes profesas afecto; todo esto, unido á tu fe amistosa, á la benevolencia y constancia, harán de tí una de esas personas seguras á las que se abre gozosamente de par en par las puértas del hogar.

De gran provecho y muy lógica es la costumbre ya tan generalizada de tener *dia de recibo*; toda familia, aunque sea modesta, que cultive relaciones sociales, obrará muy cuerdamente implantándola en su casa.

Esta costumbre contribuye eficazmente á mantener buen orden doméstico, porque no habrá el temor de verse interrumpida en los quehaceres ó en las salidas los demás días, y también porque al resolverse á pagar visitas se tiene la seguridad de que no se perderá tiempo, pues se sabe de antemano que aquélla se realizará.

Hay *visitas y visitas*; las puramente ceremoniosas, que se hacen de tarde en tarde, tienen que ser cortas, y la visitante engalanarse de la manera más correcta que se lo permita su guardarropa; las otras visitas, aquéllas á las que impulsa la afección, no están sometidas al control de los minutos, ni á las rigurosas imposiciones del traje, pero no por eso

abusarás del tiempo de tus amigas ó del tuyo, ni tampoco te presentarás ante ellas mal arreglada.

No tengas secretos ni aun con personas de tu familia delante de visitas; ni sonrisas, ni miradas, ni señas de inteligencia con nadie ni estalles en risas intempestivas; porque todo eso acusa mala crianza; sé atenta por igual con todas; si la reunión no es numerosa, afánate en que el cambio de ideas sea general; no interrumpas al que converse; no hables tan alto que aturdas, ni tan bajo que cueste oír lo que digas.

Destina los asientos y sitios más cómodos para las personas mayores y las delicadas de salud, y no cambies á cada instante el tuyo; si acostumbras invitar con te á tus visitas ten el tino de hacerles saber delicadamente á la hora que se sirve, para que todas lo alcancen, porque de otro modo será introducir un gran desorden en la casa si á cada persona que llega se le sirviera aisladamente; también tendría algo de ridículo ese servicio por turno.

Si encontraras en casa de amigas una persona con quien estés disgustada, saludala atentamente, como si fuera una desconocida nunca cometas el error de no saludarla, primero porque socialmente está admitido que en tal caso quienes reciben el desaire son los dueños de casa, y segundo, porque con ese

acto empeorarás la situación, convirtiendo tal vez la desavenencia en una enemistad profunda, y en esta vida, hijita, en que todos tenemos necesidad de todos, mejor es aplacar la agitación de las pasiones con la moderación é indulgencia.

Si una persona que no sea de tu intimidad, pidiese informes respecto á otra que te consta no es correcta, contéstale simplemente que no la conoces ó que no sabes quién es; si fueran con historias de alguna otra con quien tuviste relación, diles: «yo no sé nada de fulana» ó «hace tiempo que no la veo.» Será la manera más prudente de conducirte; la que no te comprometerá, ni expondrá á ulteriores que pueden ser enojosas.

En fin, Laura, el código social es una recopilación de leyes y derechos que deben ser aceptados en sus respectivas esferas por todas las personas que nose avienen á hacer vida de ermitaño, sin descuidar ninguna, ni aun la que parezca más trivial.

Y cerraré este largo capítulo, manifestándote que una señorita jamás debe concurrir á paseos, reuniones, teatros, sino con personas de su familia ó con amistades muy respetables; una señora joven no lo hará sin su esposo; si éste no puede ó no quiere, tiene que acatar resignada y pacientemente su resolución.

## CAPITULO XI

DEBERES DE HUMANIDAD—CARIDAD PRÁCTICA—  
MODO RACIONAL DE REALIZAR ACTOS DE BENEFICENCIA.

Todos los cristianos sabemos bien, Laura, el precepto del Maestro: «amaos los unos á los otros»; todos bien sabemos que el espíritu del Evangelio nos enseña y manda considerar como á hermanos á toda criatura humana y no desconocemos tampoco que él sólo sería capaz, si fuera sinceramente practicado, de hacer más dichosa á la humanidad.

Extender maquinalmente las manos, por rutina, para dar una moneda, un pan, un abrigo al menesteroso, es acto de beneficencia que sólo remedia la necesidad física, porque cuando la compasiva simpatía es la impulsora de la caridad pueden pronunciarse las consoladoras frases que alivian moralmente y alientan al desgraciado.

Se puede, tal vez, disculpar á los hombres, por su vida agitada ó despreocupada, que descuiden las prácticas filantrópicas, miren indiferentes los padecimientos de la miseria, pero no hay disculpa para la mujer de corazón duro é impasible ante las desgracias de sus semejantes.

Hacer beneficencia no es sólo el acto ma-



terial de dar limosna; lo es, asimismo, el sano consejo, el esfuerzo para encarrilar por buena senda al que la extravió ó no conoció la enseñanza de cualquier industria, de cualquier labor, que pueda ser provechosa al pobre; lo es, ayudarlo en su quehacer cuando el tiempo ó la salud le faltan, emplear las buenas influencias con que se cuente en sociedad ó en la familia, para que el necesitado halle trabajo ó lo que precise; lo es, asistirlo en sus enfermedades, inculcarle conformidad en las situaciones más gravosas.

La caridad de la mayor parte de los señores y señoras bienhechoras, principia con el dinero y ahí concluye. La compasión por el prójimo está ausente. Los pobres son tratados como si ellos fueran de otra familia extraña al hombre, ó como si el mismo corazón humano no latiera en sus pechos.

Pero así como existen esos seres fríos, hay también para glorificación de la humana especie, almas selectas, misericordiosas, que se identifican con los que sufren y al par que mitigan las penas corporales, secan las lágrimas, fortalecen los espíritus.

Lamartine con su estilo conmovedor y sencillo narra la manera cómo su virtuosa madre entendía la caridad y la inculcaba á sus hijos no podré darte yo instrucciones más perfectas que las compendiadas en los párrafos que

traduzco á nuestro idioma é intercalo en estas páginas que te destino:

«Cuando volvíamos de los acostumbrados paseos por el campo, nuestra madre casi siempre hacía que nos detuviéramos ante las pobres casitas de los enfermos y de los indigentes de la aldea; ella se aproximada á sus lechos, los consolaba y aconsejaba, les daba remedios cuya preparación y aplicación estudiaba en libros de medicina popular, estudios á que se había entregado para aliviar á los pobres, poseyendo el genio instintivo, la rápida mirada, la mano feliz de los buenos médicos.

«Nosotros la auxiliábamos en sus visitas; uno llevaba las hilas y bálsamos para las heridas, otro las vendas y compresas, y así, aprendíamos á rechazar esas repugnancias que más tarde hacen al hombre débil ante la enfermedad, inútil para los que sufren miedosos ante la muerte; ella no nos ahorraba ni los más grandes espectáculos de la miseria, del dolor y aun de la agonía. Cuántas veces la ví de pie, sentada ó arrodillada junto á los jergones de las chozas, ó en los establos, donde los campesinos se tienden cuando están viejos y sin fuerzas, enjugar con sus manos el frío sudor de los moribundos, arreglarlos en sus camas, recitarles las postreras plegarias y quedarse allí pacientemente horas enteras esperando que aquella alma, acompañada por su dulce voz, pasara al seno de Dios

«De tal manera mi madre hacía de nosotros los ayudantes de sus caridades; sin cesar estábamos ocupados, especialmente yo, por ser el mayor, en llevar lejos, á las chozas aisladas de la montaña, ya un poco de pan blanco para las mujeres enfermas, ya una botella de vino añejo, ya azúcar, ya caldo fortificante para los ancianos agotados, faltos de alimento; y esos pequeños encargos eran para nosotros placer y premio, porque los paisanos; que nos conocían en dos y tres leguas á la redonda, no nos dejaban pasar sin llamarnos por nuestros infantiles nombres que á todos les eran familiares; nos rogaban entráramos á sus casas, brindándonos á porfía pan, queso, frutas, lo mejor que en ellas tuvieran.

«En todo el cantón éramos *los hijos de la Señora*, los emisarios de buenas nuevas, los ángeles protectores de todas las miserias desamparadas de las gentes del campo. Allí donde nosotros penetrábamos lo hacía también una providencia, una esperanza, un consuelo, un rayo de alegría y de caridad. Esa humilde costumbre de tratar á todos los desgraciados y nuestra continua presencia en sus moradas, habían constituido para nosotros en una verdadera familia á todo el pueblo campesino y desde el más viejo hasta el más pequeño, sus nombres nos eran conocidos.

«Por las mañanas la casa se llenaba de enfermos ó de sus parientes, que iban en busca de nuestra madre pidiéndole consuelos; después de su deberes maternos, á eso era á lo que consagraba sus mañanas; siempre estaba ocupada en hacer preparaciones medicinales para sus pobres, ya pisando hierbas, preparando tisañas ó pesando drogas en sus pequeñas balanzas, y muy á menudo curaba heridas ó llagas las más desagradables; nosotros la auxiliábamos en sus tareas según nuestras fuerzas.

«Muchos buscan oro en los alambiques: mi madre buscaba en ellos el alivio de las dolencias de los desheredados de la buena suerte, y colocaba así, mucho más alto y mucho más firmemente, en el cielo, el único tesoro que ella deseó en la tierra: las bendiciones de los desgraciados y servir á Dios!»

Mira, Laura, donde es más fácil realizar equitativamente una filantropía semejante es en los pueblitos de la campaña, porque en ellos todas las personas se conocen y puede saberse con seguridad si el que implora la caridad pública es ó no merecedor á ella; no sucede lo propio en los grandes centros de población, donde se vuelve ardua la tarea de saber cuál es el pobre real y cuál el falsificado.

Y la beneficencia, al igual de los demás actos del hombre, tiene, para ser bien hecha, que estar sometida al control de la razón.

«La caridad, lo mismo que los hombres, es algunas veces ciega, y frecuentemente des-caminada. Cuando el dinero no es discretamente distribuído, frecuentemente hará más mal que bien,» afirma Smiles.

Esto quiere decir que si se da limosna á cualquiera que llame á nuestras puertas ó nos ataje el paso y resulta ser un vicioso ú holgazán, se contribuye entonces á mantener esas lepras sociales; pero como también el que implora puede ser un verdadero desvalido, á quien se debe socorro, hasta pudiera resultar un casi crimen no dárselo, produciéndose en tales casos un verdadero conflicto de conciencia. Para escapar á tales dudas é injusticias, que muchas veces harán que beneficies á quien no merece y no des á quien sí, lo más práctico será que tengas *tus pobres*, cuyas costumbres sean conocidas, como también verás si están completamente invalidados para todo trabajo.

La limosna dada imprevisoramente alienta al perezoso á seguir viviendo del peculio ajeno, anula toda delicadeza, energía y voluntad para una labor con la cual podría sostenerse.

Por tales causas te recomiendo que aparte de las cuotas ó efectos con que tus medios te permitan contribuir al sostenimiento de asociaciones filantrópicas, tengas *tus pobres*, y

si sucediera que sólo accidentalmente alguno de ellos se viera en la necesidad de mendigar para vivir, á causa de enfermedades ú otros contratiempos, una vez que tú creas que dichas causas han desaparecido, estímúalos á emprender algúñ trabajo al alcance de sus fuerzas; si realmente es un desafortunado y no un haragán, aceptará tus condiciones; en caso contrario, si recibe tus consejos de mal talante, es porque encuentra más agradable mendigar que trabajar, y entonces ese mendigo por su gusto, no merece tus simpatías, es indigno de recibir tus auxilios, usurpador del bien que de derecho pertenece á los imposibilitados de ganarse con sus brazos el pan de cada día.

La divisa de las «Conferencias Parroquiales de San Vicente de Paúl» es ayudar á los pobres para que ellos puedan ayudarse á sí propios, y es ésa la más óptima filantropía y la que debe imitar, en los casos dados, la filantropía individual: á todo el que *pueda* trabajar, poco ó mucho, conseguirle trabajo; con tal sistema se combate el pauperismo y se le dan armas para librarse de la dependencia humillante de la limosna.

Hay una clase de pobres, hija, que son dignísimos de compasión, porque circunstancias muy desgraciadas á las cuales no encuentran cómo hacer frente, oblígales á vivir del socorro de extraños.

Esos son los *pobres vergonzantes*; generalmente desdichadas mujeres que por fallecimiento ó enfermedad prolongada del jefe de la familia que vivía al día, han quedado absolutamente sin recursos y no poseyendo ningún conocimiento perfecto y profundo de un arte ó industria, con los cuales pudieran sostenerse, no saben de dónde sacar lo más esencial á la vida.

Sé muy compasiva con esas desgraciadas, auxíllalas de la manera más delicada; enséñales la confección de las obras de mano que tú sepas hacer con perfección, insinuándoles que puede tal aprendizaje servirles en el porvenir, cómo y dónde colocarán después sus trabajos ventajosamente ú ofreciéndote tú misma á buscar entre tus relaciones quienes los adquieran.

Los espíritus muy rígidos vituperan las grandes fiestas mundanas que se realizan con fines filantrópicos; ¡ay, Laura, las tendencias humanas están lejos de la perfección, y hay que doblegarse á sus imposiciones!

Pocas son las almas posesionadas de un austero y puro altruísmo que hacen el bien porque deben hacerlo, sin desear más compensación que la íntima satisfacción de la conciencia. Si la mayoría de la sociedad destina su dinero á beneficencia y reclama, en retribución ciertos placeres (conciertos

bailes, bazares, representaciones teatrales etc.), hay que aceptar el cambio, puesto que á fin de cuentas los pobres siempre sacan provecho!

## CAPÍTULO XII

### CULTURA INTELECTUAL DE LA MUJER

Hoy te hablaré de otro tópico muy serio é importante en la vida de la mujer: el referente á su educación intelectual, quiere decir, á su instrucción.

Muchas personas creen que la instrucción femenina está circunscripta á los programas de las escuelas comunes; que llegando el término en que la niña deja los pupitres escolares ya está autorizada á arrinconar, para siempre, los libros, esos óptimos y desinteresados amigos.

Es ese un razonamiento erróneo, porque las nociones que se adquieren de los siete á los catorce años, muchísimas veces son incomprendibles para las inteligencias infantiles y cuando llegan á penetrarlas, no es de manera profunda; esas nociones son el plantel de la verdadera y sólida instrucción; vienen á ser como la *introducción* al estudio reflexivo, el único que puede hacer conocer á fondo las causas de las cosas, y un estudio así, ab-



sorbente y razonado, sólo puede ser emprendido cuando pasa la edad de la inconsciencia y de los juegos.

No cometeré yo contigo el yerro de esos padres que al retirar á sus hijas de la escuela les permiten que corten todos los estudios iniciados, cuando, te lo repito, en esa edad es que recién pueden hacerlos con resultados, porque la reflexión y la voluntad obran como impulsivos agentes, como interesados auxiliares de lo que se propongan aprender.

Escucha, Laura: los principios que gobiernan á la mujer encargada del cuidado de una familia, los que producen la marcha correcta de la misma, son no sólo de orden religioso y moral, sino también intelectual.

Es decir, que para hacer más perfecta á la familia, y por consiguiente, más feliz, las mujeres están obligadas á elevar su espíritu por medio de la cultura.

Las *buenas* y *sanas* lecturas serán las que desarrollando y fortificando tu inteligencia y sentido moral, formarán tu criterio, darán rectitud, imprimirán firmeza (no terquedad) á tu carácter, y la lógica necesaria para realizar conscientemente tus actos, proporcionándote cualidades para ser, al par de sobresaliente esposa, consejera segura y sagaz de tu marido, madre abnegadísima y constante maestra de tus hijos.

Voy á evocar opiniones más autorizadas que la mía, para demostrarte la real necesidad, el ineludible deber que tienes de no olvidar, en cuanto dejes las aulas, los libros, sino al contrario, cambiárlas por otros que coadyuven á crear y fortificar en tí buenas ideas, que extiendan ante tu inteligencia, en una maravillosa coloración, esos horizontes del saber, en los cuales al sumergirse el espíritu humano cobra nueva vida.

«Para conseguir el perfeccionamiento á que se aspira, ante todo lo que hay que perfeccionar es á las mujeres: formadlas instruídas y encontraréis en ellas los ayudantes más preciosos» (Mme. Necher de Saussure).

«No tan sólo tiene derecho la mujer á la cultura intelectual, sino que es su deber á la vez y esto es lo que la hace ineludible. Si no fueran más que *derechos*, podrían sacrificarlos, pero siendo *deberes*, el sacrificio no es posible, porque sería la ruina de todos.

«Y constituyendo un deber, el trabajo intelectual tiene que ocupar un sitio especial entre las ocupaciones que le son indispensables, entre sus obligaciones más importantes.

«Lo que yo deseo, lo que yo pido, es que censuras ridículas, apodos groseros, necias burlas, no obliguen á la mujer á descender del alto puesto en que la colocó el Evan-

gelio y la entreguen á la frivolidad y materialismo de la vida.

«Comprended bien que lo que deseo, lo que ambiciono, no son mujeres *sabias*, sino lo preciso á sus hijos y maridos: mujeres inteligentes, de juicio, pensadoras, instruídas en todo lo que sea útil saber como madres, como amas de casa y mujeres de sociedad, sin desdeñar jamás las labores manuales; que sepan trabajar, ocupando su inteligencia y cultivando su alma entera.

«La mayor desgracia del hombre, lo que más ha de temer, es tropezar con una mujer ligera, frívola, perezosa, ignorante, desabrida, frenética por placeres y diversiones, incapaz de todo estudio, de toda atención perseverante, y, por consecuencia, inhabilitada para tomar una parte activa y real en la educación de sus hijos, en los negocios de la casa y de su marido...

«La mujer estudiosa retendrá también cerca de ella, por el encanto de una conversación atrayente, á los amigos de la familia, que desertan de esos salones sin vida, donde no se cambian más que palabras vanas» (monseñor Dupanloup).

«El hombre y la mujer tienen una misma alma y un mismo destino moral, siendo una misma la cuenta que les será pedida del empleo que hayan hecho de sus facultades, y si

es en el hombre una barbaridad, en la mujer llega al oprobio el degradar ó dejar degradar en ella los dones que Dios le ha dado. O se desconoce que la mujer ha sido formada para ser la compañera del hombre, ó se toma como una contradicción única y absurda el que le priven la adquisición de conocimientos que le permitan entablar relaciones espirituales con aquel con quien compartirá su destino, para que pueda comprender sus trabajos, sentir sus luchas y sufrimientos, para mitigarlos; dejadla, pues, cultivar su inteligencia y su alma con toda especie de bellos conocimientos y nobles estudios, con tal que sea inviolablemente guardada la ley suprema de su sexo: el pudor» (V́ctor-Cousin).

«La experiencia demuestra que hay una íntima ligazón, una especie de solidaridad entre la instrucción y la economía doméstica, que enseña á las mujeres el medio de hacer servir todos sus conocimientos para la prosperidad de su familia y de su propia felicidad. Hay que combatir, pues, enérgicamente, esa preocupación vulgar de que el desarrollo intelectual, la cultura del esṕritu, la elevación moral, apartan á la mujer de los deberes que su destino le impone, y hay que demostrar palmariamente que se pueden aliar sin temor unas y otras cualidades, unos y otros deberes» (Mme. Eugénie Hippeau Delacour).

«He visto, cien veces, en el curso de mi vida, á hombres débiles mostrar verdaderas virtudes públicas, porque tenían á su lado una mujer intelectual, que los había sostenido en tal camino, no aconsejándoles tales ó cuales actos en particular, sino ejerciendo una influencia fortificante sobre la manera cómo ellos debían considerar en general el deber y aun la ambición» (Tocqueville).

«El saber es favorable á la virtud y á la felicidad humana; él da á la madre la facultad de educar á sus hijos; á la esposa, la aptitud de tomar parte en las empresas intelectuales del esposo; á las hermanas é hijas, el deleite de transmitir sus conocimientos en el hogar; á las ancianas y á las enfermas el consuelo de estudios que elevan el alma, distrayendo las horas de sufrimiento ó de cansancio» (Storg).

«Una esposa debe saber conversar con su marido si se ocupa de negocios públicos, debiendo ofrecerle su dictamen sobre sus opiniones si es miembro de una asamblea; sobre lo que escribe, si es escritor; sobre su voto, si no es más que ciudadano. Debe entrar en sus proyectos relativamente al progreso de la ciencia, arte ú oficio que él ejerza: previsora y sensible, abnegada y prudente á la vez, a mujer educada moral é intelectualmente, será aliento y consuelo para el hombre y siempre la razón de éste se aplaudirá el ha-

berla consultado; la afectuosa aprobacion de ella debilitará la penosa ó irritante impresión de juicios ligeros ó injustos que hayan podido atacarlo, como también con la inteligente manifestación de su entusiasmo, elogio y estimación, por una obra ó acto del marido, le recompensará de olvidos ó arbitrariedades» (Mme. Rémusat).

Espero que lo que acabas de leer te hará comprender que ese medio tan severo y complejo, en que actúa la mujer—el hogar—tiene que ser dirigido por cualidades morales é intelectuales.

Si has leído atentamente todas las anteriores opiniones, te darás cuenta cabal de que ninguna mujer debe continuar desterrada de las esferas del estudio y que todas están en el deber de compartir con el hombre esas tareas, en justa y razonable medida.

Sólo así, nivelando prudentemente las dos ruedas conductoras del hogar—el hombre y la mujer—haciendo que marchen á la par, avanzarán sin tropiezos, llevando hacia el progreso verdadero, depurado, á las sociedades; colaborando uno y otra, á los mismos fines, confundidos por la cultura y el afecto en una misma aspiración, trabajando fructíferamente en el perfeccionamiento de la humanidad.

Tú, mi Laura, que eres un eslabón de esa

larga cadena de la generación que se levanta, trabaja con entusiasmo y perseverancia en elevar tu mente, esforzándote en que lo mismo hagan tus compañeras, y junto con el estímulo de la palabra ofréceles el ejemplo de una entera contracción; si oyes decir que los libros, que el estudio, hacen tomar repugnancia á las obligaciones domésticas, destruye enérgicamente tan falso argumento; convencélas que es la pasión y vanidad de los trajes y adornos, de los bailes, paseos, novelas y del *callejeo*, lo que las induce al descuido ó abandono de sus deberes; que lo que roba desconsideradamente el tiempo á la mujer es *todo eso* y algo más, y no los buenos libros, que éstos lo que hacen es enriquecerlas con conocimientos de utilidad práctica, en las necesidades morales como en las materiales; que esos libros á que tanta tirria demuestran las perezosas ó ignorantes, lejos de ser un obstáculo para cumplir los más sagrados deberes, conducen á desempeñarlos mejor, pues como fuente de que manan abundantes lecciones, se utilizan para realizar el bienestar común; diles á tales retrógradas que el estudio engrandece alma, corazón y pensamiento, y que al penetrar por su intermedio al mundo de las ciencias morales, se afianza más su virtud, sintiéndose la mujer entonces con más confianza en sí misma, porque luces radio-

sas iluminan el campo donde brotan sus deberes y percibiéndolos recién en toda su magnitud y verdad los cumple por la razón y la conciencia.

Diles también que los buenos libros dan un espíritu más serio, más sólido, más capaz de orden, de atención, de trabajo, haciendo que la mujer ame todavía más á su familia; y enséñalas á que no se prodiguen en diversiones; «que la niña verdaderamente estudiosa no alardea lo que sabe, distinguiéndose, por el contrario, de las demás, por su reserva y modestia; que de sus estudios saca la ventaja inapreciable de no verse obligada, para evitar el fastidio y desagrado de una vida desocupada, de llenar ese vacío con el juego, los espectáculos, las visitas inútiles, los galanteos, las conversaciones frívolas, las murmuraciones, encontrándose siempre dispuesta, después de haber satisfecho los deberes de su condición, á reservarse momentos preciosos para dedicarlos á lecturas capaces de nutrir agradable y útilmente su inteligencia, llenar su corazón de un gozo profundo y durable, que le enseñen el solo bien que pueda hacerla feliz.» (Rollin).

Yo ansío que seas una mujer instruida, pero no de esas pretenciosas que se pavonean porque *saben algo*, porque es ese vano alarde, el que da pasto á burlas y origina el



ridículo que las gentes irreflexivas hacen caer indistintamente lo mismo sobre la mujer estu-  
diosa y *sensata*, que sobre la charlatana pe-  
dante que porque hojea una enciclopedia ó un  
manual cree que atesora en su cabeza la cien-  
cia absoluta, no; no es ese mi ideal; no ambi-  
ciono que te instruyas para que solicites aplau-  
sos públicos; quiero aprendas lo que prove-  
choso fuere para que lo disfrute la familia  
que formarás.

Quiero que tú y todas las mujeres, por medio  
de la actividad mental, el buen juicio, la bon-  
dad, la honradez, conquisten el rango que de-  
ben ocupar en el mundo y con las alas que les  
hagan nacer esas cualidades, puedan elevarse  
hasta donde se cierne el hombre—su eterno  
compañero;—quiero, en fin, que las jóvenes  
ejerciten todas las facultades de su naturaleza  
moral é intelectual, para que se ahorren el  
bochorno y la angustia, cuando sean madres,  
de sentirse inferiores á sus adolescentes hijos!

### CAPITULO XIII

#### LECTURAS CONVENIENTES Á LAS JOVENES—SISTE- MA PARA APROVECHAR BIEN LAS LECTURAS

Espero, Laura, que los consejos que acabo  
de darte refrendados con opiniones de tan  
notables autoridades, serán acatados y prac-  
ticados por tí, llevándote á que seas entusias-

ta propagandista de una razonada y sensata instrucción femenina, contribuyendo así á que el perfeccionamiento de la humana especie avance con paso seguro.

Y no sólo por generosidad y por ambición de que la tierra dõnde nacimos se engrandezca con el engrandecimiento de sus mujeres, se hace necesario que las que estudian no se encastillen en su saber, dejando indiferentes á la inmensa mayoría, sumida en esa noche sin luna ni estrellas de la ignorancia, sino también por propia conveniencia. Las semillas intelectuales por ellas cosechadas, deben desparramarlas en la mayor cantidad de almas femeninas, pues que *elevándolas* cuanto sea posible, el refinamiento de ideas y sentimientos se generalizará, cesando la anarquía de éstos y de aquéllas, entre las ilustradas y las ignorantes; cesarán las luchas aniquiladoras, los choques crueles entre las rutinarias que sólo admiran la materialidad de la vida y las que consideran que en ella debe hacerse algo más que amar y aborrecer, comer y dormir.

Es asunto de no pequeña importancia determinar la clase de libros que pueden dejarse en manos de niñas y de jóvenes, aunque sean casadas.

Así como un clima, un alimento ó medicamento conviene á unas personas y no á

otras, con los libros, aun siendo morales, sucede idéntica cosa.

Por ejemplo, *Graciella y Rafael* de Lamartine, *Marta* de Jorge Isaacs y la *Tumba de hierro*, de Conscience, son novelas que languidecen, melancolizan, deprimen el espíritu de las jóvenes sensibles, anémicas y nerviosas, mientras que en el de las de naturaleza vigorosa, despreocupadas y prosaicas, poco ó ningún rastro emocionante dejan.

Las fantásticas obras de Julio Verne, las de los autores ingleses contemporáneos y otras similares, excitan, desvelan, preocupan á muchos cerebros juveniles, mientras que á algunos otros, nó.

Por esto, no te atrevas á emprender lecturas que no te hayan sido recomendadas por persona no sólo honorable y de reconocido buen criterio moral, sino que conozca tu modo de ser.

Hay hogares donde tienen franca entrada las novelas de la moderna escuela literaria, donde los vicios se arropan con las galas del estilo—víboras escondidas en canastillo de rosas y orquídeas,—y en cuya lectura las inexpertas jóvenes aspiran deleitosamente el aroma mezclado con el venenoso que las infecta lenta, pero seguramente; en otros hogares esas lecturas son repudiadas enérgicamente.

Cree á tu madre, Laura; esas novelas altamente perjudiciales á las buenas costumbres, son poderosas demoleedoras de la pureza del pensamiento; son ellas las que llenan la imaginación de la niña de quimeras y de curiosidades; son las que excitan precoces pasiones, las que lasan y enervan la voluntad para realizar todo trabajo serio, sostenido y cumplir con las obligaciones caseras; las que destornillan la austeridad de principios en qué descansa la verdadera virtud; las que engendran la frivolidad, la ligereza, el fastidio por la prosa de la vida, y el hastío, roedor implacable, que quita sosiego y dicha. «Las novelas inspiran á los corazones jóvenes una sensibilidad vaga, incierta, rebosante de peligros, que los turba, agita, que extravía el sentido moral y pervierte la conciencia, porque al disfrazar el vicio con colores agradables y obscurecer el brillo de las verdaderas virtudes, llevan la corrupción hasta lo íntimo del ser».

Y aun cuando las novelas sean de las clasificadas como morales, cuando se hace exclusiva lectura de ellas, son perjudiciales, pues por lo general dan una idea incierta de la vida y de los sentimientos humanos, y la joven que no las deja de mano concluye por perder la franca alegría, inseparable en quien no conoce aún el lado amargo de la existencia; triste-

za incubada por los ideales irrealizables que esas lecturas forjan en su mente inexperta; y pasa, melancólica y abstraída, como desterrada de un mundo inmaterial, en pos de mujeres y de hombres modelados en los héroes ó heroínas de los romances que han llenado de fantasías su débil cabeza.

Como corolario tenemos entonces que ni de las novelas honestas puede una jovencita abusar; esas lecturas puramente recreativas deben utilizarse como descanso y pasatiempo; destinarles algunas horas los días festivos, ó en las largas veladas de invierno leer uno ó dos capítulos; es ésa la dosis racional.

Para tu buen gobierno referente á libros, te indicaré tengas por norma esta máxima de La Bruyère: «Cuando una lectura alza el espíritu é inspira sentimientos nobles y virtuosos, no hay que buscar otra regla para juzgar la obra, porque eso prueba que es buena y está hecha de mano maestra».

Si, como ya lo he dicho, no es posible trazar un plan completo de lecturas, te indicaré algunos géneros de obras, cuya lectura puede ser provechosa á todos los temperamentos.

Lee siempre, y medita, sobre cada página que leas, esos cuatro tomos de Samuel Smiles infaltables en mi velador. Los libros del gran sociólogo (*El Carácter, El Deber, La Ayuda Propia, El Ahorro*), encierran una profunda

sabiduría de la vida, señalan los buenos caminos por donde se va al honor y á la virtud, persuaden á que entremos á ellos; mucho, infinito bien obtendrás haciéndolos tus inseparables compañeros; leyéndolos constantemente, con gusto y con respeto, te sentirás inclinada irresistiblemente á seguir las sabias y prudentes instrucciones que abundan en sus páginas; naceránte deseos de modelarte en tanto ejemplo de alto mérito y verdadera grandeza moral que el autor ha acumulado en ellas.

Absorbe la savia generosa de las sublimes inspiraciones que circulan en todos sus capítulos, y ya verás, hija, cómo después te sientes más resuelta para realizar actos virtuosos, más fuerte para rechazar preocupaciones absurdas, basadas en ridículas vanidades; cómo de ahí, sacarás firmeza de carácter para seguir la línea recta del deber, afrontando sin miedo los punzazos crueles que ello pueda producirte.

Ampliarás tus conocimientos de historia argentina y para profundizarla leerás historias y biografías de los héroes y legisladores, á quienes debemos independencia y eyes; empapa tu mente en esos conocimientos, para que cuando seas madre, en vez de cuentos fantásticos narres á tus hijos las verdicas historias de la gran epopeya sudamericana y cuando

estés bien instruída en la Historia de tu patria, dedícate á conocer Historia universal.

Lee biografías de hombres y mujeres benefactores de la humanidad y de los que hayan descollado por notables hechos particulares, esas biografías ofrecen ejemplos prácticos de actos de abnegación, generosidad, heroísmo y laboriosidad que sólo buenas resoluciones pueden inspirar á sus lectores.

Los «diarios» ó «memorias» de celebridades, son también lecturas convenientes, las que muchas veces instruyen con hechos que no contienen los libros de historia; los relatos de viajes son interesante é instructivos.

Amplía más las elementales nociones de fisiología aprendidas en la escuela, pero no quiero decirte con esto que vayas á beber conocimientos en los libros destinados á médicos, que ellos sólo pueden y deben profundizar: hay compendios que te pueden enseñar lo que necesario es saber á las madres, como también tratados de *Medicina Doméstica* que te proporcionarán conocimientos para atender ligeras indisposiciones.

«Sostengo, escribe Smiles, que la mujer debe recibir alguna instrucción en fisiología. ¿Por qué? Por la razón de que si las leyes fisiológicas fueran comprendidas por las mujeres, los niños se formarían hombres y mujeres mejores, más sanos, más felices y proplablemente»

te más sabios. Los niños están sujetos á ciertas leyes fisiológicas, cuya observancia es necesaria para su salud y confort.»

¿No es razonable, pues, esperar que las mujeres debieran saber algo de estas leyes, y de su modo de obrar sobre las criaturas? Si las ignoran estarán expuestas á cometer toda clase de torpezas, productoras de sufrimientos, enfermedades, muerte prematura. ¿A qué debemos atribuir la espantosa mortalidad de niños en la mayor parte de las grandes ciudades donde perecen la mitad de los que nacen, antes que hayan alcanzado su quinto año? Si las mujeres, lo mismo que los hombres, supiesen algo de la leyes del modo de vivir sano, sobre la naturaleza de la atmósfera, cual es la necesaria á la salud, su acción libre sobre la sangre—de las leyes de ventilación, limpieza y nutrición—no podemos menos que creer que la condición moral como la física de los seres humanos puestos á su cuidado, mejoraría y progresaría mucho.

Por último, lo sensato será que por medio de libros escogidos desarrolles aquellas nociones adquiridas en la escuela, que puedan serte de real provecho en la vida.

Para poder extraer el mejor resultado de tus futuras lecturas, acostúmbrate á leer con atención sostenida, sin distraer tu pensamiento en otras cosas mientras leas, porque de no



hacerlo así todo pasará por tu cerebro como las gotas de lluvia por sobre los vidrios.

Sólo la atención profunda puede hacer penetrar las ideas del autor, saborear las bellezas del estilo. Doble ventaja sacarás de tus lecturas si tienes una persona con quien comentarlas, analizarlas ó criticarlas. Lecturas realizadas así, maduran el juicio, enseñan á pensar, á razonar, forman un criterio de apreciación seguro sobre trabajos de la inteligencia y las cosas reales de la vida.

Cuando te pongas á leer, acostumbra á tener á tu alcance un diccionario, papel y lápiz; el primero, para con su auxilio alcanzar el significado de palabras obscuras para tí, las que nunca debes dejar pasar por alto; los segundos, para anotar ideas sugeridas en el transcurso de la lectura, y copiar pasajes ó pensamientos que desees conservar.

Igualmente es muy conveniente, para auxiliar ciertas lecturas, poseer un diccionario enciclopédico (biográfico, histórico, geográfico) como también un atlas.

## CAPÍTULO XIV

### OFICIOS, PROFESIONES Y EMPLEOS APROPIADOS A LAS MUJERES

¿Cuáles armas se dan á la mujer sudameri-

cana para que combata y triunfe en la lucha por la existencia?

¿Qué hace la mujer de la clase media sin ningún patrimonio, en cuya familia no hay hombres que la sostengan ó que aun habiéndolos, sus ganancias no sean suficientes á llenar las necesidades más apremiantes?

Esa mujer no puede ser cocinera, mucama, lavandera, planchadora, ni tampoco es posible que todas se dediquen al profesorado.

La mujer de esa condición social que envidiada sin quedarle otra herencia que varias criaturas, y cuando no esto, dos ó tres señoritas que sólo saben chapucear su ropa, tocar malamente el piano y nada con la perfección requerida para extraer de ello provecho pecuniario. ¿Qué recursos podrá allegar esa desventurada madre para mantener á su familia?

¡Oh, Laura! estos problemas siempre me han preocupado y meditando en ellos es que he palpado lo ilógico de tantas imposiciones y preocupaciones sociales.

Se exige virtud absoluta á las mujeres, se les confía la custodia del honor de la familia y al mismo tiempo se las abandona á todos los embates morales y materiales, sin preocuparse de darles el bien templado escudo del trabajo honorable y fructífero, para que con él atajen los avances de la miseria y ahuyenten el demonio de la seducción, enemigos formidables que la acechan constantemente.

Si está demostrado que ella es muy capaz de perseverar en el trabajo—lo prueban las que viven de su labor—y que su inteligencia debidamente cultivada, sus manos bien adiestradas, pueden producir tan buen trabajo como el del hombre; si está comprobado que aprende fácilmente lo que se le enseña ¿por qué, entonces, subsiste ese estrecho círculo en que se la encierra, sin permitirle una acción más amplia, que redundaría en provecho de todos? ¿por qué no se le quiere preparar lógicamente para que un día, en cualquier eventualidad, pueda y sepa abrirse camino en el mundo, ganando honrada y dignamente, sin consumir su salud, el pan que habrá de sostener á los achacosos padres, á los pequeños hijos, al marido ó á los hermanos enfermos?

¿Por qué solamente la costura y el bordado, miserablemente compensados, ó el profesorado, también mal retribuido, al que se dedican muchas sin ninguna vocación, y uno que otro empleo, han de ser los únicos puertos de refugio á que se la deje arribar?

Artes, oficios, industrias apropiados á su naturaleza; empleos sedentarios que es bochornoso estén ocupados por hombres, á quienes llaman otras actividades, pueden ser ejercidos por mujeres, sin que se masculinicen, sin que pierdan ninguno de los más delicados atributos de su sexo.

Se dice comunmente que la instrucción que se hace adquirir á las niñas vale una herencia ó dote; sucederá efectivamente así, cuando la instrucción especial en un ramo cualquiera, música vocal ó instrumental, dibujo, pintura, idiomas, labores, industrias, etc., se les haga aprender de manera perfecta, para que su competencia en la enseñanza pueda producirles dinero para subsistir; pero si dichos ramos ú otros los aprenden superficial é incompletamente, como sucede por lo general ¿cuál es el provecho positivo que puede reportar á la joven y á su familia esos conocimientos?

¿Distraerse? ¿pasar el tiempo? Pero, hija mía, emplear miles de horas durante las mejores épocas de la vida nada más que para aprender á matar el hastío, no es, en primer lugar, la misión de una criatura que siente y piensa, como es, ó debe ser, la mujer, y en segundo, porque poquísimas serán las que en conciencia puedan hacerlo.

Entre las enseñanzas incompletas é ilógicas está la del piano.

Por moda, por vanidad, por imaginarse que es algo desdoroso, las madres de condición mediana pero sin fortuna obligan á sus niñas á estudiarlo y las más de las veces pierden unas su dinero y otras su tiempo, cosas ambas que podían haber sido empleadas más provechosamente, porque cuando las niñas son re-

---

fractarias á tal instrumento sólo lo estudian á viva fuerza, costándoles muchas lágrimas y sinsabores lo poquísimo que aprenden.

Y en tales casos, ¿no te parece, Laura, que los sacrificios de los padres para dar instrucción musical á sus hijas, no pueden resultarles á ellas, ni herencias ni dote, sino simplemente dinero tirado á la calle y tiempo desperdiciado? Igual caso sucede con el dibujo, pintura, etc., cuando á la niña ó niño se les dedica á ellos á pesar de sus instintivas repugnancias y ninguna disposición.

Algunas veces á fuerza de remar y remar, las madres consiguen que las niñas sean pianistas mecánicas, es decir, brillantes ejecutantes que han adiestrado sus dedos, lo único de su ser que toma parte activa en la interpretación de las piezas musicales; pero, apenas pueden, las músicas á la fuerza, eludir la imposición materna, abandonan por completo una enseñanza que les es antipática...

Supongamos, hija mía, que una niña se casa con un empleado ó comerciante; cuatro ó seis años después, cuando en el hogar no están ya ellos solos, sino que tres ó cuatro hijitos reclaman alimentos, ropas, cuidados de toda especie, por una causa pierde su marido el empleo, ó por otra todo su haber y quiebra; la esposa y madre que domina á perfección un arte ó industria, tiene un título de dependiente

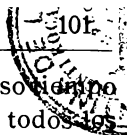
---

comercial ó de farmacia, idóneo, ú otra profesión, estará en condiciones de poder subvenir inmediatamente al sostén de los suyos, hasta tanto su compañero pueda nuevamente levantar cabeza.

En caso contrario, ¿cuál será la situación de aquélla que sólo sabe ser señora de casa? Como no contará consigo misma para nada práctico, como poco sabrá que pueda reportarle ganancia de dinero con que hacer frente á tales descalabros del trabajo masculino, sólo podrá llorar y recriminar al pobre vencido por la suerte ó la imprevisión, y presenciar el desfile de sus muebles, alhajas, ropas, con rumbo á los malamente llamados monte-píos; el desamparo; la miseria, la anarquía adueñándose de su hogar.

Un enemigo que opone trabas á la mujer para que despliegue sus aptitudes en otros trabajos, es el mal entendido orgullo.

Nunca, hija mía, jamás, debe avergonzarse una mujer porque su poca suerte la obligue á sostenerse ó sostener á los suyos con el esfuerzo de sus brazos ó de su inteligencia; lo que abochorna y humilla, por no saber ó no querer trabajar, es el vivir endeudada, hacerse chupadora sanguijuela de las relaciones, convertirse en pesadísima carga para los parientes masculinos, permitiendo que ellos trabajen anhelosamente para sostener á jóvenes



sanas, que deberían emplear su ocioso tiempo (la ociosidad, ya sabes, es madre de todos los vicios) en trabajos que puedan darles medios con que hacerse menos onerosas.

En cuanto á tí, Laura, aunque mi pasar te ponga al abrigo de penurias materiales, siempre te he aconsejado que aprendas á perfección aquello para que demuestres más predisposiciones.

Me tienes dicho que te seduce la botánica y que ambicionas ser sobresaliente horticultora. Tu inclinación merece toda mi aprobación y te la pruebo, no sólo estimulándote á que perseveres en ella, sino proporcionándote las instrucciones teóricas y prácticas que desde ya pueden ir iniciándote en tan hermoso arte, al cual hallo, á más de atrayente, de positivo provecho, porque las flores y los frutos y legumbres cultivadas con esmero, dan óptimas ganancias.

Y si toda una gran emperatriz de Alemania no encuentra desdoroso para sus blasones de oro, ni humillante á su cetro y corona, el dedicarse á ser inteligente y práctica jardinera y quintera, que disputa en concursos botánicos diplomas honoríficos, negociando las flores y frutos que bajo su inmediata dirección se cultivan en los jardines y huertos reales, ¿por qué razón tú, que sólo eres invisible gotita de agua en el piélago social, no podrás

razonablemente emplear tu inteligencia en cultivar la tierra?

Por sabido hay que imaginarse que tú no cavarás ó labrarás la tierra, ni ejecutarás los trabajos que requieren gasto de mucha fuerza física; para eso tendrás tus peones, pero dirigirás de manera científica esos rudos trabajos, y los estudios que hagas no sólo en los libros, sino también en aprendizajes prácticos, podrán hacer de tí una cultivadora que triunfará en su valiente empeño.

Aunque no llegues á necesitar para vivir de lo que con tal profesión consigas, te economizarás mucho dinero, cultivando en los patios y en el huerto de tu casa, flores, frutas y legumbres.

Y si la extensión del terreno permite que el cultivo sea hecho en proporciones mayores que las requeridas para las necesidades de la familia, ¿por qué no podrás lucrar con los productos de tu trabajo?

Como ejemplo ilustrativo, digno de ser mirado por tantas señoras que prefieren se pierdan los frutos de sus quintas antes que rebajarse (así lo creen) á venderlos, y con el dinero allí conseguido ayudar á los gastos de la casa y hacer caridades, registraré en este capítulo un hecho que se refiere á la actual emperatriz de Alemania, ya citada.

El verano pasado la oficialidad de varios



regimientos de guarnición en Berlín, obsequió con un banquete á su soberano: las flores que engalanaban la mesa produjeron asombro por lo admirables y lo mismo sucedió con los raros frutos que aparecieron á los postres; pues bien, hija, después se supo que flores y frutos habían sido comprados á precio de oro al jardín de su majestad la emperatriz y que eran producto de los cultivos que ella dirigía.

La augusta señora es también tan hábil música como excelente pintora y escultora.

Verdad que á tan laboriosa y fuerte mujer no podrá aterrorizarla la idea de la miseria si las conmociones políticas la arrancaran de la culminante situación que ocupa, porque está bien armada para guerrear por la subsistencia.

Existen otras coronadas cabezas femeninas progresistas, que han tenido el buen juicio, la firme voluntad, el valor moral, de despreciar necias preocupaciones hostiles á las innovaciones en el trabajo femenino, dedicándose á perfeccionarse en diversas ramas del saber.

Ahí está la reina Isabel de Rumania, escritora y poetisa de alto vuelo, que se oculta bajo el seudónimo de Carmen Sylva, cuyos libros se venden por millares. Esta reina, para obtener el título legal de conferencista ha tenido antes que recibirse de profesora, tocándole á su propio real esposo firmar el diploma.

Tampoco, Laura, la inspirada é intelectual soberana podría mirar medrosa el porvenir, porque su laboriosidad y contracción la ponen en amplias condiciones de bastarse á sí misma.

Otra reina, Amelia de Portugal, impulsada por afecto á su marido, delicadísimo de salud, para poder cuidarlo ella misma con esmero perfecto, dedicóse á estudiar medicina: cursó los cuatro años obligatorios en la Universidad de Lisboa, como los demás estudiantes, rindiendo exámenes finales que le merecieron el título de médica.

La reina portuguesa emplea hoy los conocimientos adquiridos con tanto afán no sólo en cuidar á su compañero, sino que también va de incógnito á los barrios de las gentes menesterosas para asistir á los enfermos, en cuyos centros se ha hecho popularísima, y se le designa con el nombre de «la buena Doctora».

Y todavía esta mujer tiene gusto, habilidad y tiempo para concurrir á exposiciones, habiendo presentado una colección de muñecas tan numerosa y espléndidamente vestida por sus reales manos, que fué estimada por el jurado en 15.000 francos; puede, pues, también ella, ganarse la vida como médica y como artista industrial.

Margarita de Saboya, reina de Italia, es exi-

mia profesora de música y se ha dedicado al estudio profundo de diversos idiomas, siendo una notable traductora.

En la familia real de Inglaterra, una de las hijas del príncipe de Gales es encuadernadora de nota, iluminando ella misma las cubiertas con el más refinado gusto; sus modelos se los disputan las casas de encuadernación artística.

Otra inglesa aristocrática, la condesa Warawich, tiene una tienda de ropas femeniles, y lady Dudley pinta abanicos, por cuyo trabajo le pagan grandes precios; damas distinguidísimas viajan con miras comerciales, publicando sus impresiones, que no se apolillan en los estantes de las librerías; otras, como lady Sarah Wilson, son corresponsales de importantes diarios; esta joven es de tan alto linaje que descende directamente del gran duque de Marborough.

Conozco también el caso, Laura, de una condesa de la alta aristocracia inglesa, que siguiendo á su marido, perseguido por causas políticas, se refugió en París y allí la dama de ilustre alcurnia instaló... un taller de planchado; pues sus gustos, desde niña, la habían llevado á perfeccionarse de tal modo en ese ramo de economía doméstica, que resultó una eximia planchadora.

Ella no planchaba personalmente, pero enseñaba, dirigía, vigilaba á sus oficiales, no abo-

chornándose de estar al frente de su establecimiento, que progresó rápidamente.

Una condesa de la antigua nobleza francesa, completamente arruinada, se dirigió á la República Argentina é instalándose en el Chaco Austral se dedicó á trabajos pastoriles, en los que era muy entendida; dirigió tan bien sus negocios que consiguió saldar sus deudas en Francia; proseguía valientemente la ruda labor cuando su establecimiento fué asaltado por indios del Chaco, á cuyas manos murió la abnegada y heroica mujer (\*).

· En fin, hija, otros mil casos podría citarte, para demostrar que las mujeres más altamente colocadas en la escala social, no son, en general, las refractarias al trabajo, ni las que oponen obstáculos á que la esfera de la labor femenina se ensanche y evolucione progresivamente y se abran nuevos horizontes á todas sus actividades.

---

(\*). La condesa de Lessage. De sus altas condiciones de carácter y valor moral dió elocuentes pruebas estableciéndose en el Chaco Austral, sobre los campos de la margen derecha del Palometa, en el paralelo 28, como á diez leguas de La Sabana, en pleno desierto. Su inteligente labor acreció considerablemente el pequeño plantel con que inició sus trabajos. Al ocurrir la trágica muerte de la condesa, en 1899, la estancia fundada por ella ocho años antes, había adquirido gran desarrollo.

## CAPITULO XV

EL AHORRO—SOCIEDADES DE SOCORROS MU-  
TUOS—SEGUROS SOBRE LA VIDA Y PA-  
RA LA VEJEZ

Samuel Smiles, el autor de las obras cuya lectura te recomiendo, escribe que la sociedad está compuesta de dos clases de personas: las económicas y las pródigas, las previsoras y las imprevisoras, las que ahorran y las que despilfaran, las Tengo y las No tengo.

Sigue el camino de las primeras, hija, y con la prédica y con el ejemplo enseña á seguirlo en tu casa á grandes y á pequeños, á parientes y á criados.

Con el trabajo sólo no se progresa pecuniariamente: sin el previsor y conservador ahorro no se puede llegar á asegurar un futuro exento de cuidados materiales, al abrigo, no ya de la pobreza, sino de la miseria.

Si es el trabajo el que produce dinero, la economía es la que lo conserva: tú conoces el viejo proverbio «el que gasta cuanto tiene á pedir se queda», y tal es lo que sucede al que vive al día, al que gasta hoy todo lo que hoy gana, sin preocuparse de hacer la más pequeña reserva para empezar el día de mañana.

El que no sabe economizar, nunca podrá ser

independiente: el más ligero contratiempo lo atrasa, obligándolo á recurrir al auxilio ajeno, al préstamo, que es lo que lo arruina por completo.

El ahorro no es de ninguna manera la avaricia; el que aprende á economizar razonablemente no lo hará nunca á costa de privaciones de las cosas esenciales á la vida, sino de lo superfluo ó de lo que pueda ser rayado en el presupuesto sin que ocasione un perjuicio á la salud ó al bienestar general de la familia.

Convéncete de que esta gran virtud que ansío cultives es tan previsora como lógica: es previsora, porque enseña á guardar hoy una copa de agua, para apagar la sed del día siguiente; es lógica, porque para aplacar la sed, no permitirá que se tengan las fauces secas hoy.

Muchos hombres miran envidiosamente á otros que partiendo al mismo tiempo y del mismo punto han conseguido acumular una fortuna respetable, mientras los primeros continúan viviendo llenos de apreturas; «han tenido buena suerte, dicen éstos despechados, yo he trabajado tanto como ése y aquél y ya ven cómo no adelanto un paso.»

Los que así se lamentan, tienen y no tienen razón: la tienen, en cuanto á que efectivamente han sido laboriosos; pero por lo general, han carecido del buen sentido práctico, de la cualidad generosa y abnegada de limi-

tar sus gastos, gozando de la mesa refinada, de los ricos trajes y de todo lo que halagaba su vanidad y sus sentidos; se dieron gusto en todo, tratándose á cuerpo de rey, y por eso el dinero que recibían en una mano se les deslizaba, como agua, por entre los dedos de la otra; en una palabra, no supieron economizar, formar un capital que les diera intereses con que poder vivir tranquilos en la vejez.

Los otros, los que se enriquecieron, siguieron un sistema completamente distinto: al iniciarse en el trabajo, y aun después de muchos años de entregarse á él en cuerpo y alma, no satisficieron ningún costoso placer personal, porque miraban profunda y severamente en el porvenir.

El que economiza se enriquece, porque aquel que en su presupuesto consigue tener un sobrante, aunque sea de cincuenta centavos, no puede decir que es pobre, puesto que su haber le basta no sólo para cubrir sus necesidades, sino que le permite acumular.

«Abre un pozo antes de sentir sed», dice un sabio proverbio, lo que significa que si no se reúnen y conservan en buena hora los medios de subsistencia, la necesidad apremiante, tiránica, amargará la vida. «El cuidado conserva lo que gana la laboriosidad; aquel que cuida de sus negocios activamente, pero no cuidadosamente, arroja con una mano lo que recoge con la otra» (Colton).

Con actividad y perseverancia en el trabajo se obtiene el dinero, pero aunque se gane con suma habilidad, si no se sabe tener la previsión que es madre del ahorro, toda la ganancia desaparecerá pronto. Careciendo de tan eminente cualidad, hombres y mujeres serán eternamente esclavos de los que ahorran; su vida estará llena de sinsabores, su hoy será inseguro, su mañana un pavoroso fantasma, amenazante de privaciones.

Y si el que gasta cuanto posee es un gran imprudente, el que gasta más de lo que dispone entra en una calleja sin más salida que la bancarrota y tal vez el deshonor.

Aunque tu marido, tú, tus hijos, todos los cerebros y todos los brazos aptos del hogar se entreguen á él esforzadamente, el esfuerzo común se gasta y no habrá nunca buena suerte; el éxito pecuniario será un mito; siempre estarán temblando por el pan del siguiente día.

Supón, Laura, una ó varias enfermedades en la familia que subsiste de la labor diaria, ó supón que los que la sostienen se quedan por algún tiempo sin trabajo: ¿qué será de ellos en tal caso, si no han ahorrado?

No importa que lo que se economice sea poca cantidad; lo importante es adquirir la costumbre de economizar; una vez conseguido esto se mira y reflexiona mucho antes de gas-



tar un centavo; preocupa todo lo que representa una salida de dinero; apréndese á estudiar, á comparar continuamente las entradas y salidas, lo que lleva á descubrir dónde existe una demasía ó superfluidad, para reprimirlas, siendo tan excelente práctica la que convence que así como los centavos forman los pesos, la moneda menuda de las pequeñas economías acumuladas, forma un capital.

El dinero hay que apreciarlo no por sí mismo, sino porque es el que nos proporciona los medios de vivir; hay que empeñarse humanamente en poseerlo, pero no para gloriarse vanamente de tener miles de miles, no; con tal fin no merece la pena afanarse por conquistarlo, ni tampoco para arrinconarlo miserablemente, pasando por las mayores privaciones, de miedo á que el más pequeño y necesario gasto pueda producir la ruina, lo cual constituye el ruin vicio de la avaricia. Al dinero hay que darle la importancia de agente imprescindible que proporciona casa, alimento, vestido, asistencia médica, instrucción, comodidades, placeres, y creer también que aunque él no sea el factor de la vida, sin dinero no se puede vivir, siendo, por dicha causa, hijita, que hay que saber cuidarlo, empleándolo de la manera más racional.

Además de que los ahorros son en los tiempos duros los mejores y más listos amigos

con que se cuenta, con ellos podemos auxiliar á parientes y amigos que atraviesen por dificultades, hacer obras de caridad, comprar uno ú otro objeto necesario para el confort del hogar ó realizar excursiones al campo reclamadas por la salud de algún miembro de la familia; en fin, muchísimas cosas buenas podemos hacer gracias á las pequeñas sumas guardadas día á día.

Compenéstrate bien de que si no practicas economías no habrá dinero que te baste.

La mujer que carece del buen juicio necesario para manejar de la manera más conveniente dinero y efectos, será como la insensata de que habla Salomón, que destruye con sus propias manos lo que estaba ya edificado, siendo la antípode de la prudente que edifica su casa ladrillo á ladrillo.

Las mujeres trabajadoras, vigilantes, económicas, son las que impulsan enérgicamente á sus hogares hacia el progreso moral y material; ellas saben, mejor que los hombres, en qué y cómo debe ser empleado en la casa dinero y tiempo; esas mujeres son verdaderos ministros de hacienda de la familia.

Existen varias clases de ahorros, Laura, que no estriban en reunir una cantidad de dinero y depositarla en un banco ó darla en hipoteca sobre bienes raíces. Paso á explicarte claramente algunos de estos provechosos sistemas.

Uno, el llamado Ahorro Cooperativo, que es el que se hace por las sociedades de socorros mutuos, y el otro, el conocido por Seguros sobre la Vida y Seguros para la Vejez.

Entre las clases obreras y comercio minorista están muy difundidas los primeros, y todavía yo no puedo explicarme por qué razón no sucede lo propio en otras clases pobres de la sociedad.

Las personas incorporadas á las sociedades de socorros mutuos, reciben de ellas reales ventajas, pues en cambio de las pequeñas cuotas mensuales que desembolsan, cuando están enfermas reciben asistencia médica, medicamentos y una suma diaria, mientras dura el mal, y si fallecen tienen asegurado entierro y sepultura y su familia algún socorro pecuniario. Hay que informarse de la seriedad de la institución, sin embargo, antes de adherirse á ella.

En el sistema de ahorro Seguro sobre la Vida, el individuo que se asegura, deja, al fallecer, á los supervivientes de su familia, un capital que los pone al abrigo de la miseria; y el Seguro para la Vejez procura á los asegurados que llegan á una edad que los inutiliza para todo trabajo, los recursos para sostenerse, sin que tengan que acudir á la caridad particular ni á los asilos oficiales.

Cada tres meses, ó cada año, se abonan las

cuotas de las pólizas, y como el asegurado que no cumple el compromiso contraído con la compañía de hacer dicho pago en fecha determinada, pierde parte del dinero entregado en cuotas anteriores y ve su seguro reducido, ahí tienes tú, que el temor á esas posibles pérdidas le sirven como de acicate para estimularlo á impedir las y lo impulsan á empeñarse afanosamente para economizar la cantidad de dinero que debe pagar.

Sólo los jefes de familia imprevisores ó inconscientes de sus grandes deberes, no se preocupan en asegurar el porvenir pecuniario de los seres que de ellos dependen y cuando mueren los dejan sin tener ni con qué pagar los gastos de su entierro.

Claro que yo me refiero especialmente á las personas sin riquezas que subsisten del producto de una carrera ú oficio; aunque pensándolo bien, hasta los capitalistas deberían asegurar su vida, pues sábese que es tan poco estable é incierta como la fortuna.

Muchas familias hay que habiendo tenido sus épocas de grandeza, cuando ésta desapareció no tuvieron más «pañó de lágrimas» que el dinero de un seguro sobre la vida.

Todos los días palpamos hechos que ponen de manifiesto la gran imprevisión de la generalidad de los padres de familia.

Hombres llenos de inteligencia, ocupando

distinguidas posiciones sociales, trabajadores, al morir dejan en el desamparo más completo á la esposa é hijos, á la madre, ó á las hermanas; y entonces vese el caso de que los amigos del fallecido tengan que levantar subscripciones para atender á la desvalida familia.

Entre las grandes conveniencias que tiene el seguro sobre la vida, está la que paso á explicarte, aplicable al Seguro Dotal.

La persona que se asegura y paga inmediatamente la cuota correspondiente, si muere, aunque sea unas horas después, deja á sus herederos el derecho á percibir íntegra la suma completa porque se ha asegurado, y si por el contrario, el asegurado alcanza á vivir hasta los veinte años que reza el contrato de su seguro, al finalizar éstos, recibe de la compañía una suma de dinero mucho mayor que la de las cuotas que ha ido depositando en todo ese tiempo.

La generalidad de las personas no se da todavía cabal cuenta de la importancia de este modo de ahorrar, con el que más seguramente se puede proveer al futuro bienestar de la familia, cuando ella quede falta de su más poderoso apoyo.

Como ejemplo demostrativo del poder del ahorro bajo la forma del Seguro de Vida, tenemos á la compañía nacional *La Previsora* que fundada el año 1885 con un capital de

quinientos mil pesos, ha llegado á reunir un activo de cerca de cuatro millones, suma que representa las economías de sus miles de asegurados y que irá engrosando año por año, para volverlas á los mismos, al vencimiento de sus respectivos contratos, después de haber llenado las necesidades más apremiantes de las familias de aquellos otros que desgraciadamente vayan quedando en el camino.

Cuántas preocupaciones se evitarían padres y madres, asegurando sus vidas, pues que al hacerlo saben que consagran de la manera más firme, un porvenir tranquilo á los suyos, para cuando ya ellos no estén en la tierra amasando el pan de cada día para alimentarlos!

Y cómo serían ellos bendecidos por aquella familia, que aun después del fallecimiento del padre ó de la madre, recibieran el resultado de su previsor afecto!

Declárate apóstol de esta propaganda y cree que trabajarás por el bienestar de muchas criaturas.

## CAPITULO XVI

### MANEJO DE NIÑOS

Moralistas y filósofos de todos los tiempos, han proclamado que el porvenir de los hijos

es la obra de las madres, que las generaciones de hombres y de mujeres formadas entre sus brazos serán felices ó desgraciadas según la capacidad y sabiduría con que las cuiden desde los albores de la vida.

Mas á pesar del convencimiento que existe de la importancia de la misión de la mujer madre, muy poco se hace en el terreno de la práctica para preparar debidamente á la joven á que cumpla, cuando le toque el día, tan augusto y dificultoso cargo.

Cuando te llegue el turno, Laura, de cumplir la alta misión de educar á tus niños, cuando el Señor te conceda la gloria de confiarte almas aptas á recibir la impresión de tus propios sentimientos é ideas, desde el primer minuto en que, regocijada y orgullosa, estreches á tu regazo al diminuto cuerpecito, tan frágil, tan débil, pero al mismo tiempo tan poderoso, puesto que con su primer grito se apodera del corazón de sus padres, desde el primer instante, digo, desde la primera aspiración que lleve directamente oxígeno á sus pulmones, tienes que iniciar su educación.

Tus aficiones botánicas te han demostrado que apenas salen fuera de tierra las primeras hojas de una planta, hay que velar por ellas asiduamente, para impedir que los insectos la dañen, lo mismo que el exceso ó la falta de sol ó de agua, y que cuando el tallo se levanta

recién un palmo hay que ponerle tutores para que el viento ó sus propias tendencias no lo tuerzan. Cuando descuidaste esas atenciones, tu arbusto creció enclenque ó torcido. Pudiste observar también que ciertas florecencias precoces, lo mismo que los brotes fuera de lugar, perjudican la economía de la planta, porque distraen inútilmente una parte de la savia.

¿No constataste experimentalmente que al procedimiento de continua atención, de no interrumpidos cuidados sobre tus durazneros y ciruelos, debes los ópimos frutos que cosechaste este verano y de los cuales tan ufana te mostrabas?

Bueno, hija: la Naturaleza es lo más objetivo que Dios ofrece á nuestra inteligencia, para inducirnos á seguirla en todo lo que nos pueda ser útil.

Las mujeres somos los jardineros que á El le plugo elegir para cultivar esas florecencias humanas que nos son tan queridas, los niños, y es nuestro gran deber, que se eleva por sobre todos los deberes, realizar con la mayor perfectibilidad tal tarea. Para conseguirlo necesitase velar afanosamente porque no aparezcan en la infancia las malas pasiones; regular sabiamente el correctivo y la indulgencia, que son como el sol, el agua y el aire que harán crecer lozanas y perfumadas



las flores de la virtud; emplear la firmeza sin violencia y la dulzura sin debilidad, como tutores que los mantengan derechos, para que así se quiebren en su corteza, sin fuerza para doblar sus tallos, los vientos del capricho y de la desobediencia; extirpar profundamente las precocidades y demasías que se presenten, porque representan á las extenuantes flores tempranas y á los brotes estériles.

Piensa que si te propones realizar de tal modo tu misión, tendrás á tu tiempo la fortuna inestimable de ser dueña de flores y frutos inmejorables, que regocijarán tu ancianidad con todos los goces, con todas las satisfacciones del corazón; y piensa también, que sino lo haces abandonas la educación de tus hijos al acaso.

Si ambiciono que tú seas sobresaliente como esposa, dueña de casa, mujer social, está demás exprese cuán intenso es mi anhelo porque llegues á madre perfecta, eximia educadora de tus hijos...

Ayudaré tu futura tarea con mis consejos; síguelos, porque con su práctica he conseguido los mejores resultados.

Posesiónate primero de este principio fundamental en la cuestión en que empiezo á iniciarte: que la madre que carezca de las buenas costumbres y las elevadas cualidades morales, intelectuales y de carácter exigidas por el progreso actual de las sociedades para edu-

car y encaminar como es necesario á los niños está incapacitada de hacerlo concienzudamente, porque no poseyendo esas condiciones ¿cómo podrá transmitir las?

«Uno de los cuidados de una madre debe ser el de instruirse ella misma, profundamente, en todo lo necesario para educar á sus hijos» (Rollin).

Y en la educación de la infancia las teorías no son las que triunfan, sino la práctica, la realidad tangible, palpable, que enseña directamente.

El gran poder educador que tiene el ejemplo dimana de la cualidad, innata en la criatura, de observar é imitar todo lo que ve y oye, y ese don natural es el que hace se poseione del modo de ser de las personas con quien está más en contacto.

«Nuestros más grandes vicios ó más grandes virtudes germinan en la tierna infancia y por eso nuestra principal educación está en manos de las madres» (Montaigne).

«La educación no se delega; podemos hacer instruir á nuestros hijos, pero no podemos hacerlos educar» (Mme. de Gasparin).

Los niños son maliciosos y suspicaces y aunque les prediquen qué es lo que deben y lo que no deben hacer, si llegan á observar que la madre, ó quien los gobierna, no practica lo que les enseña, poco ó ningún juicio hacen de todas sus órdenes.

El ejemplo es el libro y el maestro más elocuente, ¡no lo olvides nunca!

Y por ser así es que la madre debe someterse á sí misma á la más estricta disciplina, para tener el derecho después de aplicarla en la dirección de sus hijos; sólo así, podrá ofrecérseles en todo momento como modelo acabado de lo bueno; justo, elevado.

¡La disciplina he dicho! Pero no entendas hablo de una disciplina militar, rígida, severa, severísima, que mantenga en continua ansiedad y temblor al sujeto á ella sometida; esa no, porque con ella lo que se consigue estorcer los caracteres, empujándolos á la hipocresía, á la rebelión, al servilismo, á la venganza; yo quiero referirme á la disciplina bien equilibrada, la que sirve para prevenir ó corregir desorganizaciones en la conducta del niño; ésa buena y mágica disciplina que le enseña desde temprano que á las pasiones y á las conveniencias personales hay que reprimirlas; disciplina que lo conducirá á ser hombre ó mujer consciente, responsable de sus actos; la cual desde pequeña la impelerá á llenar sus deberes, sin necesidad de que se los recuerden.

La disciplina que te recomiendo es la que hace al niño acudir al primer llamado, que le impide rechazar el alimento que se le destina, escogiendo otro; que destruya, cuando se

irrita, los juguetes ó libros; que haya que sermonearlo para que se ácueste ó levante á las horas indicadas; que sea indócil para nada; en fin, esta disciplina la que lo llevará por recto camino á la infancia; implantada desde el primer momento, impedirá se haga reacio á la obediencia, sin la cual no es posible educar bien.

Y una vez fundado dicho sistema, cuidarás de que no se relaje, que la insubordinación no levante su revoltosa cabeza, lo cual suele originarse porque los padres carecen de método y de tacto para gobernar á los hijos, empujándolos ellos mismos á la desobediencia, que no implica otra cosa el hecho de pretender prohibir á esas naturalezas efervescentes de actividades físicas, de cerebros en formación, que se muevan, charlen, pregunten, obligándolos á casi la inmovilidad, ó querer que renuncien á su ansia de tener compañeros con quien compartir juegos y risas. Exigirles que estén horas y horas con un mismo entretenimiento, ó sobre los estudios, son imposiciones absurdas, inadmisibles, porque contrarían á sus organizaciones que sienten sus malas consecuencias y se irritan y protestan de ellas.

Así, pues, reflexiona que si con la sola ternura no es posible que las madres edifiquen un buen porvenir á sus hijos, tampoco pueden

hacerlo con absoluta rigidez; severidad y dulzura, en la justa proporción requerida por cada naturaleza, es el procedimiento racional á seguir, el que evitará las funestas consecuencias de los extremos, es decir, de la debilidad ó de la tiranía.

Para educar con lógica hay que estudiar pacientemente el modo de ser peculiar de cada niño, para someterlos distintamente al régimen que más convenga á cada uno. Dime, Laura, un par de botines ó de guantes, un sombrero ó corpiño, ¿pueden quedar bien indistintamente á cualquier persona? ¿Verdad que si se amoldan perfectamente al cuerpo de una, á la otra quedarán muy holgados ó muy estrechos?

Lo propio sucede con los sistemas educativos: uno solo no puede servir de patrón para todas las naturalezas y es imprescindible tenerse cabal cuenta de ello, para que no sufras equivocaciones, que de dicha observación partirá la luz que te hará ver claro: la especie y porción de trabajo á que se sometan las fuerzas físicas y mentales de los niños no pueden ser idénticas para todos.

No cometas el yerro de apurarte en someter demasiado temprano á estudios á los niños; antes de los siete años no los mandes á la escuela; puedes, sí, enviarlos á los jardines de infantes, donde entre cantos y juegos reciben una enseñanza puramente objetiva y moral,

tan bien racionada que no les ocasiona el gasto extraordinario de fuerzas cerebrales, siempre desventajoso para ellos; también dosifica el ejercicio de la memoria no permitiendo hasta la edad indicada y aun más allá, que les sobrecarguen la mente con poesías, cuentos, etc.

Apártate, también, de ese otro gran error que cometen algunas madres al querer infundir respeto; lo que consiguen es hacer germinar miedo y confunden lastimosamente al uno con el otro.

Generalmente son rabieta las que más diariamente se castigan, sin recordar los padres que los hijos heredan, en parte ó por completo, sus temperamentos, y que tienen, á más, el ejemplo vivo y continuo de sus arrebatos, resultando que el mal genio de los niños es reflejo y copia de ellos.

Y para no cometer tales inconscientes injusticias con los propios hijos, es que las futuras madres tienen que ir preparándose á saber dirigir los niños, empezando, la que no tenga buen carácter, por aprender á corregírsele, á domeñar los impulsos primos de nerviosidades, á sofocar las malas pasiones y perfeccionar su corazón, para que sean el mejor mentor moral de sus hijos á cultivar esmeradamente su inteligencia para poder satisfacer ese eterno ¿por qué? de ellos. Sólo

poseyendo tales condiciones sabrán atajar los desmanes de los niños y dirigirlos sin necesidad de castigos corporales, ni con injurias, que más los enconan, sino empleando, ya la paciencia y persuasión, ya la severidad ó penitencias más ó menos enérgicas, según se presenten los casos, ó según sea el temperamento del niño que haya que corregir.

No; no es posible imponer verdadero respeto, ni cultivar el amor filial con brutales castigos con reprimendas rudas ó deprimentes para criar y fomentar en los hijos el pundonor y el aprecio de sí mismos y arraigarles la convicción de que se les ama profundamente, de que su madre es justa y buena; no se les impondrá jamás humillaciones, no se les reprenderá sin previa reflexión, y para ello no hay que dejarse dominar por el mal humor del momento; hay que reprenderlos á solas, sin emplear gritos destemplados; que los castigos se reduzcan á privarles una golosina que les agrada mucho, el juguete, el paseo, diversión ó traje favorito, ó de una caricia que se les acostumbre hacerles; pero nunca hay que excederse, por grave que sea la falta, á privarlos del alimento necesario, ni encerrarlos en una pieza obscura, porque tales represivos son crueles y anti-higiénicos.

«Yo te he de dominar», «has de hacer mi voluntad y no la tuya», son frases que á cada

instante pronuncian aquellas madres que no se dan cuenta de lo contraproducente del sistema que emplean, porque lo que hay que hacer con la voluntad del niño, no es deprimirla, quebrarla, hacerla añicos, cuando es ella la raíz del carácter, sino dirigirla convenientemente, encarrilarla, para no ahogar el espíritu consciente de propia responsabilidad, sin destruir su resorte más poderoso; por estas razones, guárdate de intentar tal atrocidad; en cambio, tendrás el tino y paciencia de encaminar bien todas las manifestaciones de propia voluntad; de tal modo, cuando se conviertan en adultos, serán de esos seres de soberanas resoluciones que saben conseguir los nobles propósitos que persiguen, dueños y responsables de sus actos y opiniones, infatigables que con su solo esfuerzo se abren camino en el mundo; obrando de manera contraria en su educación, formarás seres llenos de timideces, sin iniciativas, actividades ni decisiones, que no harán nada provechoso si no se les indica y pone sobre la ruta; que vivirán amparándose bajo cualquier sombra, resultando eternos protegidos ó dependientes de las voluntades de otros; que jamás se resolverán al puedo y quiero de los caracteres enteros, y por consiguiente, serán toda su vida tutelados.

Observa atentamente las inspiraciones y re-



soluciones de tus hijos; déjalos que piensen y hagan según su juicio; enmiéndalos sólo cuando sea necesario; no los coartes con «un niño ¿qué vas á hacer» ó «¡estás loco!» sin antes penetrar bien qué es lo que ellos tienen resuelto realizar; si temes que lo que han ideado puede ser perjudicial á ellos ó á terceros, pídeles suavemente, sin atemorizarlos, que te manifiesten con verdad y minuciosamente qué es lo que pretenden hacer y de qué manera; y si resultara que sus cálculos han fallado, que sus juicios van errados, sencilla y razonadamente lo demuestras, explicándoles por qué les va á resultar mal lo que creían saldría bien; ayúdalos con tu experiencia á salir airosos en su empeño, advirtiéndoles que lo prudente será, cuando determinen hacer cualquier cosa, la piensen muy bien primero y la estudien, antes de poner manos á la obra.

Y conseguirás con tu paciencia, bondad é inteligencia, atraerte la confianza de los niños que acudirán á tí cuando se encuentren en dificultades insuperables á sus fuerzas, porque habrán adquirido la seguridad de que tú no los rechazarás ó amonestarás rudamente, sino que cariñosamente les darás consejo y auxilio.

Inspira, sí, confianza á los niños; pero no permitas que ella degenera en atrevimiento é in-

solencia, sino esa confianza que se traduce en la íntima y completa comunicación que te hagan de sus pensamientos y sentimientos, de cuanta pena ó alegría conmuevan sus impresionadas almas, en la confesión franca de un deseo; y en tales momentos, lo mismo que cuando abrazado á tu cuello, lloroso y gimiente, te presente alguna queja, no lo apartes de tí con un «déjame en paz, ¡fastidioso!» sino atiéndelo tranquilamente, por fútil que sea lo que te diga.

Aprende á manejar las *recompensas* y las *penitencias*: que ni lágrimas, ni enojos de los pequeños, te aparten de la más absoluta equidad.

Despierta emulación entre ellos, pero no cometas la imprudencia de hacer nacer envidias; al que sea apático ó perezoso en el cumplimiento de sus obligaciones, ofrécele el modelo de sus hermanos ó compañeros más aventajados, no deprimiéndolo con palabras que lo hieran y humillen, sino con las más alentadoras.

Así debe estimular la mujer sensata á los niños que eduque, dándoles bríos y no acobardándolos; haciéndoles entender que en su voluntad está el llegar donde los otros, que en queriendo podrán ir lejos y que, practicándolo así, obtendrán premios inestimables; no dejes, tampoco, que se acobarden cuando á pesar de

su buena voluntad sufran un fracaso; persuádelos en tales casos que si son tenaces en su labor, mañana conseguirán lo que no pudieron hoy: el triunfo y la recompensa; pues los niños y niñas que no aprenden á ser valientes en las circunstancias difíciles y á sacar energías y experiencia de esos mismos fracasos, cuando llegan á hombres y mujeres no saben cómo hacer frente á las dificultades de la vida y entonces se amilanan, se echan en brazos de la desesperación que nada remedia.

La debilidad, como sistema educativo, es el polo opuesto al rigor, é igual á éste en cuanto á los desastrosos resultados que produce.

Las faltas graves ó leves deben ser oportunamente corregidas, en el grado que lo merezcan no dándoles más importancia de la que tengan: si no las reprimes, si por un movimiento egoísta de no incomodarte ó no contrariar ó irritar á los culpables, las pasas por alto, ya verás cómo se acumulan y agravan á un extremo tal, que te encontrarás sin saber cómo proceder para hacer entrar en vereda á los traviosos ó insubordinados.

El cariño maternal ciego, inconsciente, es fecundo en desventuras para la madre y los hijos; la que cree que el mejor modo de quererlos es consentirles picardías, malas costumbres é inclinaciones, que encubre y amadrina todo lo que debía merecer su vituperio, que

halaga sus vanidades, esa madre no sabe amar á sus hijos; forja, por sí misma, las cadenas que la constituirán más tarde en su esclava, porque no los educó sensatamente, y á ellos los convertirá en seres bien desgraciados, porque los ha acostumbrado á que todas sus arbitrariedades se obedezcan.

«La justicia y la beneficencia exigen á los padres tengan para todos los hijos igualdad de afecto y de trato, evitándose así la tristeza crónica de algunos niños, su depresión mental, su desaliento, sus celos, y la consiguiente falta de simpatía hacia aquéllos» (Spencer).

Y Dios y la Naturaleza, hay que añadir, no sólo prohíben, sino anatematizan, que los padres, muy especialmente las madres, sean desafectos, duros, injustos, con un hijo, mientras son apasionados, débiles obsequiosos con otro.

¡Oh, Laura no hay criatura más desgraciada que aquélla!

¡Laura, hija mía! Que el señor no te bendiga con la maternidad, si careces de un corazón capaz de equilibrar por igual sus sentimientos entre todos los seres que son sangre de tu sangre, carne de tu carne!

Ni la indocilidad, la ingratitud, ni aun los vicios, son causas bastante poderosas para que en el corazón de la verdadera madre nazca el desamor é indiferencia hacia los hijos; muy por el contrario, cuando esas reales

desventuras se hayan enseñoreado de alguno, es precisamente cuando ella debe manifestar mas su afecto y ternura, equidad, consejo insinuante y tratar de llevarlo por la buena senda....

El espíritu esencialmente curioso del niño, que todo quiere verlo y saberlo, que no se cansa de inquirir el por qué, cómo y para qué de todas las cosas animadas é inanimadas que solicitan su atención, es una condición de su naturaleza, es como un movimiento instintivo que lo lleva al encuentro de las cosas, y toda madre previsora debe cuidar de satisfacer, según la verdad, y no con ideas falsas que lo hacen tonto, si es demasiado ingenuo, ó desconfiado, si es muy malicioso.

«Por ejemplo: cuando vean un molino de trigo y quieran saber lo que es y lo que en él se hace, se les explica cómo se prepara el alimento que nutre al hombre; si en el campo ven segadores, se les dice lo que son y lo que hacen; con tal motivo cómo se siembran los cereales cómo se multiplica la semilla en el seno de la tierra. En las ciudades, donde ven tantos establecimientos en los cuales se ejercen diversas artes é industrias, donde se expenden tantas mercaderías, hay que satisfacer sus preguntas sin demostrarles nunca que importunan; de ese modo, les enseñaréis, insensiblemente, el origen de todas las co-

sas que el hombre aprovecha y aquéllas sobre las que rueda el comercio; y poco á poco, sin estudios especiales, llegarán á conocer la mejor manera de cómo se hacen todas las cosas que él utiliza y el precio justo de cada una, lo cual es el verdadero fondo de la economía» (Fenelon).

En este consejo de un sutilísimo pedagogo, está encerrado el precepto más sabio para comenzar la instrucción de la infancia, sin fatigarla, porque esas provechosísimas lecciones prácticas y objetivas son las que van á la mente del niño, la penetran y quedan por siempre impresas en ella, y cuando les llega la época en que tengan que inclinarse sobre los libros, poseen un buen bagaje de conocimientos que los auxiliarán bien en más de una ocasión.

Esa educación tan racional, les hace palpar la buena como la mala cualidad é influencia de las cosas que los rodean; lo que puede serles beneficioso ó perjudicial, desarrolla en los niños la facultad de análisis, y así, paso á paso, se acostumbran á ser razonadores, con lo cual se les va formando el juicio comparativo que los lleva á establecer diferencias cualitativas entre las cosas y las personas.

El cultivo de la inteligencia y de la voluntad nada serán, nada valdrán, ni para nada servirán, si no se unen á la perfecta educación de los sentimientos: los dones del talento y del

carácter, importan poco sin los del corazón.

Enséñales á conocer y á adorar á Dios: que al despertar, en la mañana, su primer pensamiento sea para Él y que elevando sus plegarias y acciones de gracias se queden dormidos en la noche.

No dejes, mi hija, de vigilar todos sus movimientos morales, ni escapar ninguna oportunidad de las que siempre se te presentarán, para desarrollar en su corazón todas las bondades y virtudes inclinándolos á la compasión, á la generosidad.

Que sean afectuosos y misericordiosos con los desgraciados; cariñosos é indulgentes con sus hermanitos y compañeros; humanos con los sirvientes; que sientan un efectivo placer ejerciendo la caridad; que cada uno tenga su pobre, y que, sin ninguna violencia, se priven de adquirir cualquier objeto de su gusto para tener con qué socorrerlo; que no sean egoístas con las golosinas ó juguetes de su pertenencia; que los compartan con parientes y amigos, y no les pases por alto venganzas ni maldades hacia nadie.

Bajo ningún concepto les permitas crueldades con los animales.

Preocúpate de inculcar á los varones, desde chiquititos, el respeto y aprecio hacia la mujer; que conforme vayan ellos entrando en años, comprendan que el sexo femenino no ha sido

formado por Dios para juguete de sus caprichos y pasiones; enséñales también que no sean inconstantes en sus afectos, sentimientos y pensamientos.

Si, Laura, es de necesidad imprescindible y urgente, afanarse en preparar lógicamente á la niña desde temprano, á los fines de su misión natural de esposa, de madre y de ama de casa ¿por cuál razón abandonar en la educación moral del niño, futuro esposo, padre y jefe de familia, esa preparación?

Es la mujer, es la madre muy especialmente, la que con sanas y sensatas doctrinas puede conseguir no sólo que sus niños lleguen á ser ciudadanos honrados y útiles á su país, sino hijos, hermanos, esposos y padres, como es preciso que sean; que sepan y practiquen los deberes con que estén encargados en esas diversas situaciones, y cree, hija, que con mujeres y hombres óptimamente preparados para la vida de familia, al hacer perfecta ésta, la sociedad irá regenerando, purificando sus costumbres, y entonces, se verá germinar lozana é inmarcesible la dicha doméstica.

Por último, Laura, el mejor modo de cimentar sólidamente el porvenir de los hijos, es dándoles perfecta educación moral y una instrucción completa, ya sea científica, artística, comercial ó industrial, según sus aptitudes ó gustos.



Y si tuvieras niñas, tan seriamente como de la instrucción de los varones ocúpate de la de ellas.

Anteriormente te he manifestado con amplitud cómo debe educarse á la mujer con el fin de que penetre al mundo fuerte y bien armada.

En cuanto á los cuidados físicos que los niños reclaman, hallarás en otro sitio (\*) indicaciones elementales.

## CAPÍTULO XVII

### ELECCIÓN Y MANEJO DE SIRVIENTES

Los sirvientes, Laura, son generalmente unas personas á las que hay que considerar en cierta manera, como á niños, porque tienen de éstos la inconsciencia, la pillería é ignorancia.

Hoy es tan escasa, como los diamantes y perlas negras, aquella clase de servidoras cuya lealtad y virtudes conocemos por tradición; aquellas honradas y consecuentes que nacían en una casa ó entraban á ella jovencitas y allí permanecían hasta que Dios las llamaba á sí, adhiriéndose á sus señores como la hiedra al olmo, y siendo á su vejez las segundas madres de los hijos de aquellas niñas que habían mecido sobre sus rodillas.

---

(\*) Libro III.

Esa fidelidad, cariño, respeto y altas cualidades tan desarrolladas en dicho gremio, en otras épocas, sería debido, indudablemente, á que nuestras bisabúelas conocían mejor que la mujer moderna el arte de formar excelentes servidores y cuyo secreto desgraciadamente no se ha perpetuado; por eso los sirvientes cortados en aquel viejo molde, son hoy casos excepcionales.

Y pensándolo bien, hija, no tienen los infelices la culpa de ser como son. ¿Quién se ha preocupado en nuestro tiempo, esencialmente democrático, de enseñarles á ser buenos servidores, agradecidos al buen tratamiento, fieles, honrados á carta cabal?

Recién comienzan á organizarse escuelas profesionales que con el tiempo serán las que abastecerán á las familias de servicio probo que sepa cumplir con las obligaciones que contraiga. Muchas de dichas escuelas són necesarias.

Pero mientras llega el momento de que se aprovechen sus beneficios, tendrán las dueñas de casa que luchar hoy con una, mañana con otra, de esas individualidades que son imprescindibles.

Lo que mucho te recomiendo es que prefieras, por sobre todas las cualidades positivas de un sirviente, su moralidad.

«Yo quiero que se sepa que ser amo signifi-

ca tener que velar por las almas de los criados; yo quiero que se recuerde que éstos son hombres y son mujeres, ó mejor dicho, son niños. Sí, niños. Porque tienen la ignorancia, los apetitos inmoderados, la propensión á la mentira, todo lo malo, en fin, que nace de la falta de educación» (Legouvé).

«La cuestión más grave en lo referente á la influencia de los servidores en una casa, el punto más transcendental, es su familiaridad con los niños: éstos, en general, toman cariño á los sirvientes, debido sin duda a que ellos son más complacientes que los padres, y como, sin que signifique en manera alguna un abandono de éstos al cuidado de aquéllos, es imposible que una madre de familia no tenga á menudo necesidad de que los sirvientes la suplan ó reemplacen, siendo por otra parte muy ridículo y peligroso inspirar á las criaturas falsas ideas de orgullo, al prohibirles esa familiaridad que su naturaleza cándida é ingenua demuestra á todos los que los halagan y entretienen, cualquiera que sea su condición; y es así, que los sirvientes ocupan un sitio importante en la familia, por lo cual muy especialmente importa asegurarse no sólo de sus aptitudes sino de su fidelidad y honradez. ¿Qué garantías no debemos exigir de las personas á que confiamos, aunque sólo sea un minuto, el cuerpo y el alma de nuestros hijos?» (Janet)

En su mayor parte son criaturas nacidas en las más bajas capas sociales y vienen á la vida con herencias fatales de vicios ó nulas cualidades morales; añadiéndose á esto el ejemplo que reciben durante la infancia, al lado de una familia pervertida.

¿Cómo entonces no dar real importancia, cómo no velar para que todos esos hombres y mujeres que diariamente se incorporan á la comunidad, que tienen la más íntima entrada en los hogares, un roce continuo con los niños y jóvenes, no vayan á resultar agentes viciosos en vez de útiles auxiliares?

No des oído, Laura, á teorías absurdas, y prefiere ante todo que sean honrados á que sepan servir correctamente.

Tampoco conserves en tu servicio hombre, mujer ó chico, que descubras sean chismosos é intrigantes; éstos son siempre los que encienden formidables hogueras de discordias en el seno de la familia, poderosos derrumbadores de la paz doméstica: al primer signo, no más, sin esperar una segunda manifestación, sin más trámite, no esperes que «se enmienden» y aléjalos de tí.

En cuanto al sistema que debes seguir para dirigirlos, el más pruducente en buenos resultados paréceme será el que voy á señalarte.

Mas, primeramente, te anunciaré cuáles son tus deberes para con ellos.

Si fueren religiosos, deja que cumplan los domingos y días festivos con las obligaciones que sus creencias les impongan, sin que por tal causa se altere sensiblemente el orden de sus quehaceres.

Arregla de modo que los domingos su trabajo sea menos pesado que el de los días hábiles.

Trátalos humanamente; despierta y desarrolla en ellos la idea y el sentimiento de lo que son deberes; dales siempre y en todo, el mejor ejemplo.

Vigila su higiene personal, y que la pieza que les destinas no sea húmeda y malsana: piensa que lo mismo que tu organismo, el de los criados también se enfermará por las malas influencias; que su alimentación sea buena, para que pueda reparar las fuerzas físicas que en su activo trabajo gasta diariamente.

Predícales sean ahorrativos de sus ropas y dinero, que entiendan todo el bien que les puede reportar semejante virtud; insiste siempre en que guarden de su sueldo aunque sea una quinta parte.

Concédeles cada quince días algunas horas libres, y si de tarde en tarde solicitan tu permiso para concurrir á una fiesta de familia ó amigos, no te opongas; también ellos necesitan su sociabilidad.

La cocinera, tiene tiempo sobrado para confeccionar ó componer su ropa, no sucediendo lo mismo á la mucama, cuyos días y mucha parte de la noche, pertenecen por entero al servicio; te evitarás muchas contrariedades, si razonablemente das á la última algunas horas, en un día determinado, tres veces en el mes, para que se ocupe de esa tarea personal; así, ella no te robará á cada momento *un ratito* desatendiendo sus inmediatas obligaciones para hacer sus costuras.

Abónales puntualmente sus haberes; acostúmbrales á que no soliciten todos los días pequeñas sumas adelantadas, que muchas veces hacen sin ninguna necesidad urgente, sino porque son derrochadores; no debiéndoles nada, ni ellos á tí, te verás libre de todo compromiso, y cuando no te convengan sus servicios puedes despedirlos.

Y ahora sabes todo lo que debes exigir de ellos y cómo debes dirigirlos.

Ya hemos dicho que á la gente que admitas en tu honorable casa exigirás una absoluta moralidad; te asiste también el derecho de pedir que sean respetuosos, obedientes, atentos con todo el mundo, discretos; que tengan buena voluntad y comedimento; que sean ordenados y diligentes en sus obligaciones.

Al entrar á tu servicio una sirvienta, vigila desde el primer momento, que cumpla tus

órdenes estrictamente; que ejecute lo que le mandas como se lo hayas indicado; ahí está encerrada la clave de su futura conducta; si se convence que indicándole tú cómo debe hacer un trabajo, lo hace de otra manera, y tú se lo pasas por alto, la incitas á la desobediencia porque se dirá: «la señora no se fija», y si, por el contrario, advierte que *sí te fijas*, comprenderá que tiene que seguir las reglas establecidas en tu casa.

Gozando de buena salud no entregues jamás el mecanismo doméstico á ningún sirviente porque es muy aventurado poner en manos mercenarias, á inteligencias sin cultura, y quizá persona de dudosa probidad, el cuidado de lo que hay más caro en el mundo: la familia.

No confíes tus intereses, aunque sean de nimia importancia pecuniaria, á ningún sirviente, sin que tengas la más completa seguridad de su honradez; porque aun en las compras diarias que le encomiendes hechas al contado no puedas darle ocasión á grandes *sisas*, unos centavos escamoteados por aquí y otros por allá, frecuentemente, pueden al cabo del año producir desequilibrio en presupuestos modestos.

No les exasperes pidiéndoles más de lo razonable, de lo que puedan trabajar; y por esto muy necesario es que la señora

sepa hacer lo que ordena, porque de otro modo, se sobrepasará ella en sus exigencias ó los sirvientes se aprovecharán de su ignorancia, empleando más tiempo del debido en un quehacer ó pidiendo más cantidad de la precisa, etc.

No ordenes y contraordenes casi instantáneamente una misma ocupación, ni multipliques tus mandatos de modo que no se atine á cuál atender primero, porque lo que conseguirás será llenar de ofuscación é indecisión á tu servicio.

Esa indecisión en las órdenes es uno de los grandes escollos en que tropieza la mujer á quien falta fijeza de ideas, que no piensa lo suficiente antes de hablar y carece de rápida percepción.

Dí, ¿qué confianza puede inspirar una señora que cambia de parecer cada cinco minutos, que dice á la sirvienta «barre el patio», y cuando comienza á hacerlo le manda «plancha esos pañuelos», y apenas está en esto, al pasar por el patio le grita «¡Todavía no has barrido aquí!?» Si la sirvienta es paciente deja la plancha y toma de nuevo la escoba, y si no lo es, como sucede por lo general, se irrita y contesta malhumorada: «Yo no tengo cien brazos» ó «Yo no puedo repicar y andar en la procesión».

De ese desorden de ideas, ¿sabes, mi hija, lo que se saca?



Pérdida preciosa de tiempo, mal servicio, incomodidades, y lo que es peor, poner á la sirvienta en el caso que falte el respeto á su señora, que la trate de exigente ó majadera, dándosele también motivo á que tome como pretexto dicha indecisión para no realizar lo que le mandes á la primera orden, á la espera de una inmediata revocación.

Si por economizar un sueldo, tomaras criaturas para desempeñar el trabajo de mucama, fíjate que tendrás que desatender otros deberes para vigilarlas constantemente, y también hacer junto con ellas la limpieza, y como pequeñas que son se distraerán y á cada momento tendrán descuidos y torpezas que te perjudicarán; por lo tanto, la pérdida de tiempo, las quebrazones y desperdicios que te produzcan, llegará á veces á representar más de la economía que realizas en sus sueldos.

Por último, Laura, no imites á esas señoras alborotadoras, rezongonas, que se agitan más de lo que hacen, que no saben mandar sino á gritos, que para corregir se sirven de injurias, porque se hacen odiosas, insoportables á sus subordinadas.

Tampoco insistas en recordar sus deberes á una sirvienta que haya aprendido á cumplirlos, porque eso la fastidia y humilla, y se concluye ó porque se vaya de la casa ó por acostumbrarla á que se tenga que andar tras

de ella para que haga lo que es de su incumbencia y que en un principio realizaba perfectamente, pues que parece premeditara descuidos para vengarse de aquel continuo é inoficioso ordenar que piensan ellas, no tienen otro objeto que hacerlas sentir su servidumbre, lo cual las descontenta é induce á no preocuparse ya seriamente de su trabajo, siendo, entonces, el pésimo sistema de la señora lo que malea á la criada dotada de buenas aptitudes.

Pero también te digo que cuando lo que ordenes es justo y tu sirviente se muestre terco ó tardío para hacerlo y presente señales de mala voluntad, en una palabra, que no lo hace porque no quiere, no lo dejes que siga los impulsos de su capricho, que se burle de tí; con mucha tranquilidad, con dulce gravedad y firmeza le dirás: «Va Vd. á hacer lo que le he dicho, en el orden que le he indicado: esto, ahora, en el momento; lo menos urgente, más tarde.»

---

